

veces para salir del paso salvando dificultades; tal, por ejemplo, la que nos advierte que «se escriben con s las palabras terminadas en sión cuando tienen alguna voz análoga o afín acabadas en so o sor (adversión, de adverso; agresión, de agresor; comprensión, de comprensor; etc.).

Y a propósito de reglas ortográficas, me permito recordar la obra *La Ortografía en solfa* del ex platense, maestro y agrónomo, ingeniero J. J. Barneda, que presenta las reglas en ocu- rrentes versos. Al prologarla tuve el agrado de explicar su valor pedagógico. Se usaron las reglas ortográficas en verso hace más de 100 años, cuando se enseñaba la gramática de memoria. Y son notables, entre otros, los *Tratados de Ortología y Ortografía de la Lengua Castellana*, por José M. Marroquín, obra reproducida en varias ediciones, la última revisada y aumentada por Miguel de Toro y Gómez en 1885. He conocido algunas personas, algo mayores que yo, que soy de 1874, que recitaban sus reglas versificadas para escribir con más seguridad. Aunque no vamos a pretender que se vuelva a la enseñanza memorística de la Gramática, creo que algunas reglas de Barneda pueden resultar útiles a los maestros para variación de sus ejercicios.

Los ejercicios con voces parónimas, homónimas, homófonas, sinónimas, etc., son de evidente utilidad, muy recomendables cuando se sabe emplearlas debidamente sin confundir ni cansar al alumno.

Aportaré ahora algunas de mis experiencias de más de 33 años dedicados a enseñar, dos como Director de la Escuela número 1 de Lomas de Zamora y más de 31 como maestro de grado, Profesor de Castellano, Literatura y Pedagogía en la Escuela Normal de Dolores, donde me jubilé siendo Director.

Se trata de los ejercicios sobre familias de palabras. Hace unos 30 años comencé a publicar en las revistas pedagógicas "La Obra", de Buenos Aires, y "La Revista de Instrucción Primaria", de La Plata, series de familias de palabras arregladas para la enseñanza ortográfica, y luego, a pedido de maestros de la Capital Federal, escribí un libraje, la obra que más estudios me ha exigido. En las escuelas primarias nacionales se tuvieron indicados, en los programas de todos los grados, los ejercicios con familias de palabras; como es de moda cambiar, hoy ya no rige tal imposición, ya no se prodiga la obligación de tales ejercicios; sea como fuere, sigo creyendo que son de capital importancia para conseguir segura orto-

grafía. En los fundamentos de esta parte de la Gramática está la Etimología, sin duda alguna el principal, aunque cuente sus excepciones, muy escasas por cierto.

Si se hace observar al alumno que están en la misma familia: herrero, herrería, férreo y ferretero; hijo, hijastro, filial y filiación; hoja, hojear, folio y foliáceo; hilo, hilera, filo y filamento; humo, humareda, fumar y fumigación, etc., fácil será inducir que la f se convierte en h, sin que se necesite para ello conocimiento alguno del latín.

Dentro de las voces que acabo de citar están hijo y filial, hilo y filamento que tienen las mismas letras en la raíz, fil e hil. Si se quiere deslindar las dos raíces (aunque esto de definir las raíces no tiene mayor importancia para la enseñanza ortográfica), bastará hacer notar que en las primeras está siempre la idea de hijo y en las segundas la de hilo. Quiere decir esto que al formar familias de palabras hay que mirar a los dos costados, la significación y la semejanza de las letras; algo parecido a lo que ocurre en las palabras cruzadas y aquí se tiene, en la resolución de las palabras cruzadas, un juego de ejercicio que es utilísimo para mejorar la ortografía y el léxico.

Uno de los tantos ejercicios sobre familias de palabras puede ser, sencillamente, la presentación de una de ellas en el pizarrón, para que lea y comente sus voces el alumno, para que las copie y añada luego sus acepciones, recurriendo al diccionario si es necesario, y para que las emplee en frases.

Cuando se va escribiendo en el pizarrón una familia de palabras con el concurso de toda la clase, se advertirá en seguida con cuanto afán, actividad y estímulo quiere ser cada alumno quien indique más ejemplos y si se les ha pedido que los traigan como deber de su casa, cada uno querrá tener la triunfal ventaja de ser quien aporte mayor acopio de voces. En el maestro está siempre la tarea de recepción, admitir las voces que corresponden o desechar las equivocadas, antes de que sean mostradas a toda la clase. Lo que hay que evitar siempre es el error ortográfico. El que una palabra no pertenezca a la familia no tiene mayor importancia; lo inconveniente es que aparezcan faltas ortográficas.

Esta ejercitación conduce sin mayor esfuerzo al estudio práctico de la Etimología, rama de la Gramática que podría parecer de difícil acceso para el niño, y aparte de la seguridad ortográfica, está el beneficio que aporta como medio eficaz y entretenido de enriquecer el vocabulario. Si advierte el

escolar, como tiene que advertir, el significado de la raíz en cada palabra, ¡cuántos derivados y compuestos podrá ir agregando! Irá viendo y aprendiendo también el valor de los prefijos y sufijos, tan indispensables en la formación de voces compuestas y derivadas. Si ha visto el prefijo *in*, por ejemplo, en varias voces y ha tenido ocasión de inducir que expresa negación ¡cuántas y cuántas palabras podrá formarse y entender con esta simple noción!; y fácil le será al maestro hacer advertir que la *n* de *in* se convierte en *m* ante las labiales *b* y *p* (imberbe, impar, etc.); y como éstas se podrán dar fácilmente tantas otras nociones etimológicas utilísimas para el más correcto y cabal conocimiento del habla.

Sintetizando finalmente las indicaciones que he venido anotando, repetiré que conviene, ante todo, la ejercitación visuo-audio-motriz o viso-motriz, que estimula la atención, con palabras, frases o párrafos selectos; con sinónimos, antónimos, homónimos, parónimos, etc. y con familias de palabras, teniendo siempre a evitar que el alumno cometa faltas de ortografía, que no tenga ocasión de oír, ver y escribir palabras equivocadas. Las reglas que se enseñen deben ser claras, sencillas, de pocas excepciones y fáciles de inducir prácticamente.

Está demás advertir que la lectura de trozos selectos, la composición y todo trabajo escrito, son recursos muy apreciables para mejorar la ortografía, siempre evitando los errores.

JUAN B. SELVA.

BIBLIOGRAFÍA

JOSE BABINI, *Qué es la ciencia*. Editorial Columba, Buenos Aires, 1955.

El ingeniero José Babini, autor de este libro, que publica la editorial Columba en su colección *Esquemas*, profesor hasta 1946 en la Universidad del Litoral, orienta marcadamente su preocupación filosófica hacia el tema de la ciencia. Sus libros: *Origen y naturaleza de la Ciencia*, *Historia de la Ciencia Argentina*, *Historia sucinta de la Ciencia*, *Historia de la*

Matemática, en colaboración con Rey Pastor y sus múltiples colaboraciones en diarios y revistas, así lo evidencian.

Qué es la Ciencia es un opúsculo de divulgación, que difícilmente podría encuadrarse dentro de una determinada tendencia o escuela filosófica. El carácter meramente informativo del libro obliga a su autor a adoptar una actitud expositiva ecléctica frente a los grandes problemas definidores como son: las teorías del conocimiento, el concepto de ciencia, la clasificación del conocimiento científico o el criterio de verdad y la filosofía de la ciencia.

Partiendo de un simple acto de la vida cotidiana desarrolla Babini con método y claridad pedagógica las diferentes etapas en el camino que conduce a la creación científica. En el hecho de elegir y comer una golosina se advierten tres actitudes distintas con respecto a las cosas: a) una acción; el acto de llevar la golosina a la boca y comerla, que altera la composición del mundo material; b) una estimación, el acto de seleccionar y de preferir, que establece entre el hombre y las cosas una relación especial; c) un conocimiento, que preside y decide la elección en un sentido u otro y que enriquece el pensamiento del hombre. Estas tres actitudes frente a las cosas: hacer, preferir y saber, están implícitas en todo acto humano en diferentes proporciones. "El saber no se da nunca solo; hasta en su forma más pura o purificada su soledad no es total"; sólo la necesidad del análisis justifica que se le separe artificialmente de la unidad psicológica en que se encuentra y "este esfuerzo de abstracción" expresa Babini, "al aclarar una de sus facetas, empobrece y descarna el fenómeno total".

El saber, gramaticalmente verbo y sustantivo, incluye por igual al sujeto que *sabe* y al objeto *sabido*, "anverso y reverso de la misma medalla" así como a la relación gnoseológica que los vincula y que hace posible la aprehensión del uno por el otro. "Sería pueril pretender" según Babini "que uno cualquiera de estos aspectos del fenómeno del saber es más importante o real que otro. Tanto valdría preguntarnos, si, frente a una estatua reflejada en aguas agitadas, es más real la estatua fija o la imagen móvil, o la luz que, de una va a la otra".

Pero existen dos clases de saber: el saber ingenuo, "ese saber que se adquiere en el trato directo con los hombres y con las cosas", "un saber de uso personal, que no se somete a las pruebas lógicas, lo que no excluye que, con frecuencia,

sea verdadero" y el saber crítico o científico, que se plantea, "deliberada, previa y conscientemente y que aspira ante todo a ser verdadero". En las infinitas experiencias de nuestra vida diaria ambas clases de saber se nos dan a un tiempo y resulta a menudo difícil descubrir el saber crítico o científico dentro de la noción global. Pero se facilita la tarea si se tiene en cuenta que todo saber científico tiene una meta, una finalidad especial, que es el conocimiento. Al llegar a este punto prefiere Babini, de entre las diferentes tesis filosóficas sobre la esencia y modalidades de conocimiento, aquella que lo considera como una especial "manera de ser" de las cosas que las hace inteligibles al hombre. Busca en la "razón vital" de Ortega, apoyo a su posición y admite con él, que "la vida es primariamente encontrarse uno sumergido entre las cosas", que "la vida es perdición; mas por lo mismo obliga a un esfuerzo por orientarse en el caos para salvarse de esa perdición. Este esfuerzo es el conocimiento que extrae del caos un esquema de orden, un cosmos". Aparece claramente el conocimiento como el fruto de un esfuerzo vital del hombre por situarse racionalmente en el mundo que le rodea; de acuerdo a esta teoría queda el conocimiento atado al existir y el mundo del saber a la cultura.

Admitido que todas las cosas poseen una peculiar manera de ser que hace posible el conocimiento, dos consecuencias surgen de inmediato: a) no existe conocimiento que no sea verdadero, pues sólo puede ser conocido lo que es; b) en el proceso del saber no queda excluido el error; es más, en el proceso del saber el resultado será siempre una mezcla de conocimiento y de error.

La palabra ciencia, dice Babini, ha recibido diferentes significados conferidos por las distintas "atmósferas culturales en que se ha manifestado".

El criterio del siglo pasado, que consideraba ciencia por antonomasia sólo a las Matemáticas y a las Ciencias Naturales, en parte como resultado del gran desarrollo alcanzado por las Ciencias Naturales y en parte debido al auge de ciertas doctrinas filosóficas como las concepciones kantianas y el positivismo, se ve hoy notablemente ensanchado. A nadie maravilla ya que se incluya bajo esa denominación genérica a la Historia o a la Jurisprudencia, a las Investigaciones lógicas o fenomenológicas y aun a la Filosofía y a la Técnica.

"En tal sentido la imagen bíblica del árbol se ha tornado insuficiente"; "las actividades científicas forman un verda-

dero bosque en el que unos árboles nacen y perecen, otros crecen en altura y en profundidad, entremezclando a veces sus raíces o las ramas de sus copas frondosas, mientras que árboles menores se abriga bajo las copas de los mayores, aun conservando todos su individualidad y su autonomía".

Hablando del pensamiento científico, es decir, de esa "envoltura común" que encierra a todos los objetos científicos, aclara Babini que "los objetos materiales y concretos del sector de la realidad que se estudia" no deben ser confundidos con "los objetos ideales y abstractos del proceso científico respectivo". Si bien en las Matemáticas y en la Filosofía el objeto real y el objeto científico se confunden, por tratarse en ambos casos del pensamiento mismo, en otras disciplinas, como la Historia, existe una dualidad manifiesta entre ambos. Una cita de Bloch subraya la verdad de estas palabras: "Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz" es que, en realidad, prosigue Babini "en sus investigaciones los historiadores no se ocupan de sucesos o hechos humanos sino del conocimiento de esos sucesos o hechos y todo conocimiento se da en un pensamiento, es decir, en una perspectiva que enriquece la realidad".

En el caso especial de la técnica, nueva disciplina no muy bien estudiada aún, se acentúa la confusión entre el pensamiento técnico y los objetos reales que el técnico maneja. La objetividad característica del saber científico impone, sin embargo, al técnico que "el aspecto activo y manual que interviene en su tarea pueda, sin menoscabo de la misma, confiarse a otras manos o a medios automáticos".

No sólo la actividad científica encuentra su expresión en el pensamiento: "el orar y el fantasear, el monólogo interior y sobre todo la tarea poética" son otras tantas actividades espirituales que escapan al proceso puramente cognoscitivo.

¿Cuándo puede decirse que el hombre conoce, que sabe? Sólo cuando es un soñador o un pensador lógico, cuando puede formular "un juicio encadenado a las reglas de la lógica y del lenguaje en el cual el objeto que se estudia se ha convertido en sujeto y una de sus maneras de ser, en predicado".

Para Babini una clasificación de las ciencias individuales en base a una separación de la realidad en esferas, es un procedimiento ya superado. Aconseja sustituirlo por una mera enumeración esquemática de los grandes sectores de la realidad que corresponden a otros tantos sectores de la ciencia.

La primera gran división es entre objetos ideales y reales. Los primeros corresponderían a las Matemáticas y la Filosofía, en tanto que los objetos reales que se agrupan en torno a la naturaleza y al hombre, dan origen a las ciencias naturales y a las ciencias humanas como la Psicología, la Historia, la Etnografía, la Sociología, la Economía, el Derecho, la Pedagogía, la Filología, etc.

En capítulo especial se trata de la Técnica, el aporte cultural más característico de nuestro tiempo. "En efecto, el saber técnico es un saber crítico y reflexivo, es un saber autoconsciente y es un saber objetivo, válido para todos". Busca "el perfeccionamiento de un determinado producto o proceso".

Hablando del valor lógico del saber científico Babini se expresa en estos términos: "Cumple así el pensamiento científico una doble función lógica: juzgar y verificar". "Cuando se juzga se alude a conceptos y a juicios, cuando se verifica se alude a objetos y conocimientos". "Si no existe correspondencia entre el juicio y la situación objetiva, el juicio es falso y el pensamiento no encierra un conocimiento, sino un error".

A través de una cita de Hartmann descubrimos en el origen mismo de la ciencia una gran paradoja: "no poseemos ningún criterio directo de la verdad", dice, "la verdad no es sino una relación con algo que precisamente sólo conocemos por el conocimiento mismo, a saber: el objeto".

Menciona Babini los cuatro tipos distintos de criterios de verdad que, junto con los métodos científicos, constituyen los principales elementos reguladores en el continuo proceso de rectificación de la ciencia: "Son como grandes hipótesis o pruebas a las que consciente y voluntariamente se somete el saber cuando pretende convertirse en un conocimiento", si bien están sujetos, aunque en menor medida, a las mismas contingencias que los juicios, por ser sólo imposiciones humanas. El criterio coherencia, base de la deducción o la demostración, el criterio de verdad por antonomasia, que se reduce a una correspondencia entre el mundo de juicios y el mundo de objetos. Llamado criterio, copia o modelo, el criterio sentido (el sistema de juicios debe estar comprendido en una atmósfera única) y por último el criterio éxito, el criterio que gobierna la Técnica.

Es atrayente la comparación entre el lenguaje científico y el lenguaje lírico: "si se tiende a elevar el contenido expresivo o musical del lenguaje ordinario, utilizando la riqueza en significados que las palabras poseen, se transforma en len-

guaje poético, mientras que si se lo hace preciso, conciso, dando a las palabras un sentido único, ese lenguaje se convierte en lenguaje científico". Mientras este último es solamente un medio de expresión del conocimiento, el lenguaje lírico reviste las características de un verdadero fin en sí mismo. Las expresiones: "2 es par" y "2 no es impar" tienen en aritmética exactamente el mismo sentido, mientras que en un contexto literario las expresiones: "es feliz" y "no es infeliz" tienen matices y significados distintos. El enunciado del teorema de Pitágoras en castellano, en chino, o con símbolos lógicos tiene igual valor expresivo, mientras que la fuerza expresiva de "to be or not to be" es muy superior a la de "ser o no ser". La frase de expresión única del lenguaje lírico hace imposibles los problemas de estilo, desde ese punto de vista, mientras que el lenguaje científico con sus expresiones equivalentes, da lugar a problemas de esa índole. Hay una sola Divina Comedia pero hay muchos textos científicos sobre un mismo tema que admiten comparaciones teniendo en consideración el valor formal y lingüístico.

A propósito de la creación científica, Babini atribuye lo inexplorado que se halla todavía ese campo, en parte, a que los inventores, absorbidos en sus propias experiencias cognoscitivas, no se autoanalizan y en parte a que los psicólogos, en general poco versados en cuestiones científicas y técnicas, no pueden frecuentemente salir del nivel de las generalidades. Para él "el proceso de la creación científica aparece impulsado por la voluntad de crear que, en las ciencias de objetos ideales parece estar coloreada por cierta simpatía hacia el mundo de las abstracciones, en las ciencias reales, por cierta simpatía hacia el mundo exterior y en la Técnica, por cierta simpatía hacia el hombre".

Comentando la explicación que da Poincaré al proceso de la creación científica, en el cual el gran matemático habla de una etapa intermedia donde, al margen de la conciencia, se realizan combinaciones fortuitas que a veces dan por resultado el fenómeno de la "iluminación súbita", cita Babini las opiniones de psicólogos más modernos que encuadran sus explicaciones dentro de la "psicología de la forma". Ellos ven, no combinaciones, sino estructuras y hablan de un "dynamismo interno", de "la organización de un todo en virtud de sus propias leyes".

El frecuente apoyo en perspectivas de índole filosófica revela en Babini al epistemólogo que necesita retrotraerse al

plano de una filosofía científica, cuando no de una filosofía simplemente, para enfocar adecuadamente los problemas que suscita el desentrañar el qué del ser de la ciencia.

En el capítulo "Invención y Descubrimiento" encontramos este planteo: "Cabe preguntarse cuál es la naturaleza de la creación científica. ¿Participa de los caracteres de una invención o de los de un descubrimiento? Sobre este punto se expone el autor en consideraciones sobre el alcance que actualmente se da a ambos términos, las modificaciones de concepto sobre los mismos. Mientras que los "descubrimientos" de Galileo fueron considerados "inventos" por muchos espíritus apegados a la concepción aristotélica, hoy en día refiriéndose a la curvatura del espacio sólo por excepción se diría que Einstein la "descubrió". Actualmente "la permanencia e integridad de la materia está en discusión y la creencia en legalidades absolutas vacila y como consecuencia el significado de la naturaleza en la creación científica ha variado".

Las relaciones entre la ciencia y la sociedad ocupan la última parte del libro. Hay un esbozo de la evolución de la ciencia, que parte de las prácticas esotéricas que se confundían con el saber en épocas históricas de la humanidad y que estaban en manos de sacerdotes, magos y hechiceros y llega hasta la investigación científica actual. Transcribe Babini a título informativo, la frase inicial de un papiro matemático egipcio: "Reglas para lograr el conocimiento de todo lo oscuro, de todos los misterios que residen en las cosas". Alude luego al despertar de la autoconciencia del saber científico, lo que sitúa el origen de la ciencia en Grecia y va mostrando cómo, a partir de los tiempos modernos, la ciencia, contemplada por la colectividad con ojos nuevos "crece y se desarrolla dentro de una atmósfera cultural determinada por las nuevas condiciones intelectuales, políticas y económicas". "En la actualidad el investigador científico, que ha dejado de ser un superdotado o un excéntrico, tiende a convertirse en un profesional". Y aquí se alude al investigador full-time que concentra su vida y su esfuerzo sobre una actividad intelectual determinada, que realiza, en una palabra, un verdadero "acto de fe" científica.

En suma, el esquema de Babini, libro de fácil lectura, nos conduce sin fatiga por los múltiples temas relacionados con el saber, despierta el interés por ellos y ayuda a conocerlos.

ENRIQUETA ARGUELLO DE DOUGHERTY.

MAURICE COLLIS, Marco Polo. Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

Por la fascinación que ejerce la naturaleza del tema que aborda, por su interés narrativo y la seriedad evidente de sus enfoques y análisis históricos, Marco Polo de Maurice Collis —traducido, en este breviario, con precisión y ágil estilo por Francisco González Aramburo— constituye un libro de accesible y provechosa lectura.

Su autor lo recomienda acertadamente a los lectores jóvenes; sin embargo, la obra, en virtud de su abundante y sólida información histórica, de su erudición, y del acierto y la perspicacia de sus interpretaciones —valores éstos que no la privan de su permanente amenidad—, la convierten en un valioso aporte para la comprensión del imperio mongol del siglo XIII y del nivel cultural de la Edad Media, representados, respectivamente, por las figuras y los ámbitos del Gran Khan Kublai y de su favorito Marco Polo.

Maurice Collis sigue paso a paso el recorrido efectuado por Polo desde su partida de Venecia, en el año 1271, hasta su regreso en 1295, utilizando para ello las diversas ediciones de los Viajes, especialmente el texto de Moule y Pelliot publicado en 1938 en Routledge, compendio de diecisiete manuscritos y primeras ediciones, más el manuscrito Zelada, descubierto recientemente, en 1938, por el orientalista Sir Percival David en la Biblioteca Capitular de la Catedral de Toledo.

Collis respeta la estructura original del libro. Pero son pocas las citas y pasajes que transcribe textualmente. En general, narra a Marco Polo, supliendo de esta manera el laconismo del estilo y la parquedad de las descripciones del veneciano —en su libro, según Collis, no hay nada literario—, con la sobria riqueza de su lenguaje y una visible habilidad para hacer ligeros los siempre abrumadores menesteres de la erudición.

No nos anticipa un retrato de Marco Polo, no nos previene en contra de sus prejuicios de hombre ingenuo, ni se burla de sus asombros. Echa a andar junto al esforzado aventurero, observa lo que Polo mira y ve, pero anota aquello que mira y no ve. Así, a través de la importancia de las omisiones de Polo, de la calidad de las leyendas que recoge, de los argumentos que acepta como reales y de los que desecha por fantasiosos, de sus olvidos involuntarios o premeditados y de

sus temores a la burla o a la incomprensión, surge, sin retoques, el perfil del célebre veneciano: un hombre sencillez, honesto —cualidad que evidencia tanto en la labor administrativa como en el relato de sus aventuras—, carente de agudeza intelectual, pero despierto, que examina cuanto cae bajo sus ojos con espíritu crítico. A pesar de su mentalidad casi infantil, su ingenuidad no llega en ningún momento a la tonturía y, no obstante su escasa preparación, su natural ingenio y sentido común le permiten aprovechar temas de incomparable interés en la redacción de sus Viajes, el libro más importante del siglo XIII, a juicio de Collis.

Su biógrafo afirma que las dotes intelectuales que poseía Polo lo hubieran convertido hoy en un excelente periodista. En realidad, consideramos más aplicable a Polo el término cronista, pues advertimos en él una incapacidad para interpretar los aspectos más importantes de la cultura, incapacidad que se convierte, a veces, en esa total ceguera que hizo de él: «lo miró todo y no vio nada».

No intenta el autor formular un panegírico de Polo. Antes bien, señala en el texto inexactitudes, generalmente de índole cronológica, y numerosas e imperdonables omisiones en lo que se refiere a la cultura. En su opinión, aunque la narración es clara y precisa respecto de los lugares recorridos, la información sobre la trascendencia cultural y la historia de las grandes ciudades es notablemente escasa. Sobre este punto, Collis insiste en cuanta ocasión se le presenta, y consigna no sólo las omisiones que demuestran desconocimiento o desinterés por la cultura, sino también aquellas que pueden atribuirse a olvidos, como su silencio acerca de la imprenta, de la Gran Muralla, de los instrumentos astronómicos mongoles y del famoso observatorio de Pingyang. Collis no se limita a indicar dichas omisiones; establece las causas que pueden determinarlas: ignorancia del valor del tema, temor de la incredulidad de sus contemporáneos, miedo a la burla —consecuencia de esa incredulidad—, intención de elegir asuntos fácilmente comprensibles para los europeos del siglo XIII, cuyo interés se reducía, principalmente, a la lectura de relatos de aventuras sorprendentes y descripciones de costumbres fastuosas o amables pasatiempos. Si realmente Polo eludió referirse a las artes y ciencias orientales para atraer la dócil atención de un auditorio con narraciones ligeras; si descubrió la clase de público, ignorante y lleno de prejuicios, al que su libro estaba destinado, Polo debió ser, sin duda, opina Collis, un espíritu más cultivado de lo que se supone. Pero, al mismo

tiempo, su calidad de europeo medieval le impidió calar más hondo en el sentido de lo que registró, dado el nivel intelectual de la época a la que pertenecía.

Ante las frecuentes lagunas que observa en el panorama trazado por Polo, Collis mantiene, generalmente, una actitud objetiva. La abandona, sin embargo, en el capítulo dedicado a la capital Sung, en el cual asume, con vehemencia, todo su amor por la cultura y su pasión de investigador. Esta última lo lleva a exclamar con envidia al referirse a las oportunidades en buena parte desperdiciadas por Polo: «Qué suerte tuvo Marco Polo, que vio estas dos ciudades (Pagán y Hang-Chow), caídas, es cierto, pero palpitantes todavía».

Las páginas que Marco Polo consagra a Hang-Chow, último baluarte de los Sung, a poco de ser conquistada pacíficamente por Bayan, el más célebre de los generales mongoles de Kublai, constituye uno de los capítulos más atractivos del libro. Pero nada dice en él de esa multitud de talentos que produjo la esplendente civilización de los Sung. Describe, en cambio, tiendas, baños públicos, relojes, vehículos, deleitosos centros de esparcimiento, características de los pobladores, educación de las jóvenes y caballeros de las clases nobles, sus floridos modos de hablar y recatadas actitudes. Como asevera Collis, lo que narra «son las cosas que contaría un bárbaro que hubiera visto Roma poco después de su caída: todas las ventajas materiales superficiales, que lo maravillaron porque eran muy superiores a lo que estaba acostumbrado a ver».

El autor, para que sus lectores lamentemos con él la pobre visión que Polo nos presenta del refinamiento espiritual alcanzado por los Sung y la limitada comprensión de su evolución intelectual, sólida y prolongada, imagina una amistad del veneciano con los eruditos del confucianismo. De tal manera, señala las ventajas que Polo y sus contemporáneos hubieran obtenido si aquél, en vez de elegir como guía a un rico comerciante extranjero, se hubiera vinculado con los sabios chinos.

Mediante este recurso —la imaginaria conversación con los sabios de Hang-Chow—, Collis enuncia los múltiples aspectos de la antiquísima civilización china, su continuidad, su evolución incesante, su gravitación intelectual, sus especulaciones filosóficas del siglo IV a. de J. C., su historiografía y su exactitud cronológica, su crítica de arte, la excelencia de su poesía y la variedad de temas de sus ensayos, su exquisito estilo y la minuciosidad de los signos de su escritura: «microcosmos de arte» donde se advierten el equilibrio y el mo-

vimiento rítmico de sus obras pictóricas. Nos toca, al concluir este capítulo, el desaliento que experimenta Collis ante la ausencia de lo que hubiera sido una valiosísima contribución para el conocimiento de las civilizaciones orientales, pues si bien el autor asume, en cierto momento, la defensa de Polo con sagaces argumentos históricos, es inevitable la indignación ante la imagen del viajero, «con el libro de notas en la mano», admirando los baños públicos, los prósperos mercados, e ignorando la última floración de una cultura inmensa.

Hacia ese punto, apartándose del texto de los Viajes, Collis establece el momento y las causas que determinaron el estancamiento de la civilización china. Después de la caída de Hang-Chow en 1270, los chinos dejaron de evolucionar. Hasta ese entonces, la clase ilustrada había intervenido en los asuntos de estado y colaborado en el gobierno. Luego de su conquista por los mongoles, aunque sus miembros no padecieron persecuciones, perdieron su influencia y permanecieron separados de los cargos más altos. Este menoscabo produjo un «choque psicológico», a raíz del cual se debilitó el poder de creación de los chinos, cuya cultura acabó por paralizarse. «Ningún europeo futuro tuvo la suerte que le fué concedida a Polo: la de conocer la metrópoli —«cumbre del espíritu humano»— Hang-Chow.

Es ésta la única ocasión en que Collis censura a Marco Polo. En general, se nota en él respeto y simpatía por la figura y las empresas cumplidas por su personaje: su viaje a través de las enormes extensiones que separan Venecia de China y —su verdadera hazaña— la redacción, ya prisionero y en penosas circunstancias, de la más completa enciclopedia asiática de su tiempo.

El lector comparte la visible cordialidad que alienta en esa actitud de Collis cuando, por ejemplo, narra los denodados esfuerzos realizados por «el pobre Marco» para que sus contemporáneos prestaran fe a sus palabras. Ninguno de estos requerimientos pasa inadvertido por su biógrafo, aun cuando no estén formulados por Polo con las clásicas palabras: «Podéis creerme», «yo, que vi todo esto, os digo»... El gran obstáculo con que tropezó Polo fué, pues, la obstinada incredulidad de su público, más inclinado a admitir fantasías que hechos reales cuya descripción, en virtud de incluir elementos desusados, casi maravillosos, los hacía cobrar apariencia de cuentos burdos.

Collis, en la obra que comentamos, extrae de los Viajes las siguientes conclusiones acerca de dicho libro y de la personalidad y circunstancias de su autor:

1º Polo no trató de entretener a los ciudadanos de Venecia con relatos de aventuras y maravillas. Su fin primordial fué instruirlos.

2º No quiso hacer de su libro una autobiografía; de ahí la escasez de datos personales y, por consiguiente, la imposibilidad de saber con exactitud la misión que le fué encomendada por Kublai y la forma en que llegó a convertirse en su consejero y favorito.

3º Su libro, redactado de manera cuidadosa, objetiva y fiel, exento de fanatismo religioso y pleno de buen sentido, constituyó la obra educativa de mayor importancia de su siglo, por el interés que revestía su ingente número de informaciones.

4º La obra amplió enormemente los conocimientos geográficos del siglo XIII, aunque en realidad contribuyó a formar en Europa una idea equivocada de China y sus habitantes, pues Polo la describió en una época en que estaba sojuzgada por un poder extranjero. Sólo 450 años después, empezaron a conocerse en Europa los aspectos de su vida y cultura auténticas, mas «aún hoy mucha gente ve a ese país con los ojos del veneciano».

5º El libro no fué comprendido por sus contemporáneos, quienes lo juzgaron inverosímil acaso porque no pudieron relacionar los nuevos conocimientos con los ya existentes. «Es muy significativo —añade Collis— que Dante, el gran intelectual de la siguiente generación, no mencione a Marco Polo; no nos lo encontramos en el Infierno, ni en el Purgatorio, ni en el Paraíso, ni tampoco se encuentra en la Comedia referencia alguna al libro».

No son éstas las únicas conclusiones a las que llega el biógrafo y crítico inglés. Cada uno de los rasgos del viajero veneciano es objeto de un serio análisis: el fuerte sentido europeo que le impidió su total orientalización; su inexplicable falta de comprensión de hechos ya conocidos por los europeos, como el papel moneda y las letras de cambio; su justificable admiración ante la opulencia del Gran Khan de los mongoles; el talento de estratega que demostró en la descripción de la batalla de los elefantes, y la intuición que le permitió prever sus consecuencias históricas.

El libro no es un enfoque exclusivo de Polo y su hazaña. A lo largo de sus páginas, encontramos interpretaciones de los proyectos religiosos de Kublai y de los sistemas de cul-

tura de los países asiáticos; conclusiones propias acerca del objeto de la Gran Expedición, encomendada a Marco, y comprobaciones personales de las innumerables supersticiones anotadas por éste. En el prólogo, Collis se refiere a los numerosos libros sobre Marco Polo redactados en diversas lenguas europeas, «aunque no existe —nos dice— biografía moderna en idioma inglés». Más adelante, apunta: «La narración que he escrito puede ser considerada como un esbozo de biografía». Sin embargo, al concluir este breviarío, podemos asegurar que existe ya una penetrante y amena biografía de Marco Polo escrita en idioma inglés.

ANA MARÍA BILLINO BETHENCOURT.

CHARLES DAVID LEY: El gracioso en el Teatro de la Península (Siglos XVI y XVII). Revista de Occidente, Madrid, 1954.

El ensayo de Charles David Ley, estudia la evolución de un tema del teatro español que si bien ya ha sido considerado en parte por otros investigadores, está aquí tomado en su conjunto para ser, con una inteligente indagación de la génesis del gracioso en el teatro del Siglo de Oro, una verdadera antología de sus ocurrencias a través de sus variadísimas citas.

Las valiosas apreciaciones críticas y el exhaustivo conocimiento de la dramática española que evidencia poseer el profesor Ley, convierten a su obra en ponderable guión de consulta para la valoración del tema.

Desde los primeros capítulos, pone al lector en contacto directo con la figura del donaire, que estudia en su evolución, desde su definitiva aparición en *La Francesilla* de Lope, hasta los últimos continuadores de su teatro. No se hace, sin embargo con ello, una mención exhaustiva de todo el teatro del donaire que va desde Lope a Moreto, pero sí se escogen hábilmente aquellos autores que mejor han sabido captar la figura del gracioso siguiendo el tipo creado por el Fénix, aunque —justo es destacarlo— cada uno le confiera desde su particular punto de vista, un contenido o significado distinto: nunca podrán identificarse el Tristán de Lope y el Malandrín calderoniano.

Pero su elección por medio de los dramaturgos tiende siempre al mismo fin: llevar al teatro con su figura, esa nota pintoresca, de ambiente, rica en ingenio y color, hábilmente intercalada en la trama principal de la comedia, aprovechando para ello su ingenuidad y simplicidad, su socarronería y a menudo también, su insolencia e ironía.

El gracioso es, más que un personaje un tipo:

«Se trata indudablemente, ya lo hemos visto, de la repetición constante de una figura que había agradado al público. Los libros de caballerías y la novela picaresca tenían también sus figuras tradicionales e imprescindibles, pero de una manera menos rotunda, porque no son obras teatrales; el teatro siempre tiende a la estilización».

El autor estudia luego la génesis de la figura desde sus más remotos antecedentes en Plauto, Terencio y el teatro medieval español, en una evolución que va desde los esclavos, lacayos, bobos y rústicos de la escena latina y de las representaciones sacras de la Edad Media, hasta su cristalización definitiva en la comedia de Lope.

Son muy valiosas las consideraciones que Charles David Ley hace al respecto, señalando las vinculaciones del gracioso con el pícaro, y aunque destaca que en ciertos aspectos no son más que distintas maneras de tratar un mismo personaje, deja sentado con toda claridad, que el pícaro es diferente del gracioso aunque «tenga parentesco con él»:

«El mundo picaresco es siempre cosa distinta del de la figura del donaire; el pícaro puede llegar a ser gracioso, pero éste no pasa por la vida del hampa».

Después de destacar algunas vinculaciones más del gracioso con otras figuras típicas del teatro y la novela española, y de hacer un análisis minucioso de la figura, el autor se detiene en un buen número de comedias de Lope, a quien considera su creador por excelencia.

La parte central de la obra está dedicada al teatro lopesco, y en ella se hace, junto a una fina valoración de la figura del donaire, un examen detenido de su desenvolvimiento a través de las comedias anteriores y posteriores a *La Francesilla*.

Es muy significativa en este aspecto, la inclusión de cuatro tragedias que Charles David Ley escoge agudamente, para señalar al lector, cómo en medio de acciones dramáticas el gracioso también aparece, a pesar de ser, por su sentido del humor, casi exclusivo de la comedia. Pero entonces, en estas circunstancias, la figura del gracioso cambia en algunos de sus aspectos más característicos:

"Este, por nombre Batín —de *El Castigo sin venganza*— es una figura del donaire muy discreta que no hace más que cumplir su consabido objeto de acompañar al protagonista para recoger sus íntimos pensamientos y sus quejas. Está en camino de ser el confidente del teatro francés de la segunda mitad del siglo XVI, lo cual es muy poco frecuente en Lope. Batín, en vez de mofarse del amor de Federico por su madrastra, como lo podía hacer un gracioso cualquiera, le da buenos consejos... Es, por lo tanto, un buen consejero, que ya es una cosa muy distinta de todo lo que hemos venido examinando hasta ahora".

Se estudia luego el lugar que ocupa el gracioso en los dramaturgos posteriores a Lope —Guillén de Castro, Pérez de Montalbán, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, Calderón, Rojas Zorrilla y Moreto— para mostrar al lector la evolución de la figura y el criterio con que cada autor la ha enfocado. Se destaca así, el sentido convencional y deshumanizado de la figura del donaire en Calderón, que pese a sentir verdadero desprecio por ella, sabe en ocasiones aprovecharla hasta en sus más mínimas posibilidades artísticas. Y frente al gracioso de Calderón, el tratado por comediógrafos posteriores a él tiene también un sentido diferente.

Es que, a medida que se va avanzando hacia la Edad Moderna, se diluye más el concepto esencial del bufón o gracioso, para aproximarse cada vez más a su transformación final en "confidente serio y aburrido". Ley lo muestra con ejemplos abundantes, producto de una lenta y madura elección de los clásicos estudiados, que pone en contacto directo al lector con las transformaciones sucesivas de la figura del humor, y evidencia además, un fino criterio selectivo.

Por eso, no se discuten aquí las tesis o fórmulas expuestas por los estudiosos para dar una definición de esta figura tan típicamente española y tan diversamente interpretada. Se va más bien a la figura misma, en un deliberado y sabio propósito de dar al lector el contacto vivo de ella.

De gran valor para los especialistas del tema, la obra del profesor Ley enriquece realmente la bibliografía del humor español, a la vez que tiene el inmenso mérito de haber puesto disciplina y claridad en el difícil buceo de tema tan imprescindible para el conocimiento del teatro clásico español.

NELVA E. ZINGONI.

GILBERT ROBIN, *Las dificultades escolares*. Edit. Luis Miracle.

Interesante estudio en el que se plantea la necesidad de una estrecha colaboración entre padres, pedagogos y médicos es éste, que quiere terminar con los equívocos en la comprensión y el tratamiento de las dificultades escolares del niño.

Si bien un conocimiento caracterológico es indispensable al maestro y a los padres, es imposible exigirles un estudio y el dominio de una terminología técnica que les permita clasificar al niño y encontrar por sí solos la solución del problema; planteado éste fuera de la problemática normal de lo escolar, maestro y padre deben recurrir al especialista que podrá ser, según el caso, el psicoterapeuta, el médico neurólogo, el psiquiatra, de acuerdo al grado e índole de la anormalidad.

De no hacerlo así, corren el riesgo de tomar por reacciones habituales de carácter, advierte el autor, muchos casos de pereza que se mueven en la proximidad de reacciones anormales.

El niño debe pasar primeramente por el examen médico, especialmente en el sentido neuropsicológico, y luego volverá al educador y al caracterólogo.

El médico no puede ignorar la necesidad de que un psicólogo estudie la capacidad intelectual, los complejos afectivos o emocionales, los posibles atrasos escolares creados por los conflictos; pero también es indispensable que el pedagogo colabore, mostrándose tan alerta como el médico ante una fatiga mental o un trastorno fisiológico.

Gilbert Robin hace hincapié en la interdependencia del psicoanálisis y la biología: "La única actitud justificada es la de cooperación; el único modo de trabajo, el trabajo en equipo, en la inteligencia de que el neuropsiquiatra infantil no podrá asumir a la vez la tarea del descubrimiento del trastorno, de la orientación o reeducación y tratamiento médico y psicoterápico. En efecto, si parece necesaria la primacía del neuropsiquiatra, no parece en modo alguno que se trata de una prerrogativa".

"El educador obrará omnímodamente, pero más tarde cuando se haya demostrado que no hay un trastorno fisiológico, o neurótico, o físicamente constitucional que embarace el psicoanálisis del niño. Justamente cuando el médico deja de encon-

trar "defectos", es cuando el educador empieza a atacar la "falta".

Hay una cantidad de trastornos intelectuales y caracterológicos que pueden curarse mediante un tratamiento estrictamente médico; hay otro grupo que será del dominio exclusivo de la educación, de la reeducación y de la readaptación.

El autor hace un análisis metódico para llegar con certeza a la causa fundamental que está provocando el trastorno escolar; en especial, en base a la aplicación de "tests", se podrá averiguar el retraso escolar, mental, motriz y de realización; nos salvaremos así de errores como el de considerar perezoso a un retardado mental, descuidado o desprolijo a un niño con trastornos motrices.

"Para poder apreciar la capacidad intelectual del niño con una precisión que permita poner remedio a estas equivocaciones, es indispensable poseer y manejar una extensa batería de "tests"; un "test" como el de Terman o el de Binet-Simón, que miden la inteligencia global, tendrá que completarse con un "test" motriz como el de Ozeretzki, con uno de realización, con un "test" para averiguar las anormalidades de carácter como el Rorschach y con un "test" pedagógico".

Los factores pedagógicos influyen enormemente en los fracasos escolares; programas recargados, cambios de maestros, la ausencia de interés en la enseñanza, son cosas que van convirtiendo a la escuela en una carga. La falta de disciplina, de orden, de esfuerzo, que provoca una escuela de este tipo, tiene una enorme importancia en el futuro del niño.

Son acertadas las palabras de Bossuet al Delfín, que trae a colación el autor: "Así como ahora ordenáis mal las palabras, luego ordenaréis mal las cosas, y recompensaréis en lugar de castigar, o castigaréis cuando sea preciso premiar; en fin, haréis las cosas sin orden, si no os acostumbráis desde la infancia a mantener el espíritu atento, a someter a regla sus movimientos vagos e inciertos, y a pensar seriamente por vos mismo en lo que tenéis que hacer".

El maestro tiene que tener en cuenta que es una futura personalidad la que se tiene que formar; debe tratar de hallar el "punto sensible" del niño; ofrecer primero vida, luego saber; tratar de educar la inteligencia no como almacenamiento, sino como adaptación: la nueva escuela no trata de reprimir, sino de encauzar la energía en forma productiva.

La afectividad fuera de cauce, provoca reacciones como la agresividad, la autopunición, el complejo de frustración, la

adulación, el retraso afectivo y los celos; de hecho, las anormalidades de carácter pueden llevar al niño hasta una oposición activa al trabajo; temas estos interesantísimos, que el autor esboza y que abren un campo muy rico al estudio y la investigación.

Destaca el doctor Gilbert Robin la necesidad de que la medicina sea psicosomática y tenga presente ante un problema determinado que, si bien la base se sumerge en lo somático, las alturas llegan a la inteligencia y al carácter, y que la pedagogía tiende, cada día más, a convertirse en una ciencia y a actuar frente a una dificultad escolar en forma médico-pedagógica.

LELIA LAURENCENA.

RODOLFO MONDOLFO, Sócrates. Columba, Buenos Aires, 1955.

Don Rodolfo Mondolfo —que tanto contribuye a enriquecer y elevar nuestra cultura con su magisterio en la Universidad, sus conferencias, sus libros tan sabios como *Moralistas griegos*, *El pensamiento antiguo: historia de la filosofía Greco-Romana*, *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica*, para citar sólo algunos que están en el ámbito del que comentaremos— inaugura la Colección Filósofos y Sistemas, dirigida por Vicente Fatone, para las Ediciones Losange, con un breve y esencial *Sócrates*.

La difícil tarea de compendiar en 70 páginas tantos problemas y tanto saber en torno a la figura del "más sabio de los griegos", Mondolfo la alcanza en una síntesis tan fundada como esclarecedora, con tal versación y reflexión docente, que lo que es compendio, por propósito de la Colección, resulta rico, sabio línea a línea, y las 70 páginas se dilatan grandemente por la importancia trascendental de todas las cuestiones tratadas, por la mención de los grandes investigadores y la valoración de sus puntos de vista, por las notas complementarias y por una fundamental y accesible bibliografía que cierra el sustancioso cuan breve volumen.

La mención de los 11 capítulos que componen el estudio puede dar cabal idea de los certeros enfoques, del método riguroso y del criterio condensador con que está desarrollado:

1. La situación histórica. 2. La situación cultural. 3. La existencia histórica de Sócrates. Vida y características. 4. El problema de Sócrates y las condiciones para su solución. 5. La inspiración religiosa y la purificación de los espíritus. 6. La refutación como purificación y estímulo hacia la investigación. La mayéutica. 7. La ciencia y los conceptos universales. 8. Ciencia y virtud, ignorancia y pecado. La unidad de las virtudes. 9. El eudemonismo socrático: no utilitarismo, sino ética del amor y del deber. 10. El alma y su inmortalidad. La inspiración religiosa de Sócrates. 11. La influencia socrática y la perennidad de Sócrates.

Pero quisiéramos dar una idea más honda del sabio compendio del maestro Mondolfo, analizando siquiera algunos de los esenciales temas de su estudio que, en el primer capítulo, muestra cómo "La parábola de ascensión y derrumbe de la grandeza imperial de Atenas, que habíase desarrollado durante el siglo V, desemboca, así, al comienzo del siglo IV (399) en el proceso y condena de Sócrates". En el segundo capítulo, muestra las luces y contraluces de la época de Pericles, protector de artistas y pensadores, cuando Atenas llega a ser "la capital intelectual del mundo griego" debido, según De Sanctis, a "la constitución y las condiciones concretas de la vida ateniense; y la nodriza común fué aquella libertad cuyo alto valor no todos reconocieron". Según Mondolfo, "Con esa libertad—consecuencia de la evolución política de Atenas después de las guerras persas— se vincula también la nueva orientación que allí cobra la investigación filosófica. No puede entenderse el tránsito del predominio de los problemas de la naturaleza, característico de la filosofía anterior, a la posición central que conquistan ahora los problemas humanos, si no se relaciona la evolución de los intereses intelectuales con la situación político-social". Un sintético y completo cuadro de las consecuencias de las guerras persas y las exigencias de la hegemonía de Atenas, muestra la formación de "nuevas élites necesitadas de una cultura político-jurídica basada en el conocimiento de los problemas intelectuales y morales y asistida de una dialéctica capaz de imponerse y triunfar en las asambleas y los tribunales". Esto determina la aparición de maestros capaces de enseñar "lo que el pueblo reclama y está dispuesto a pagar". Serán los sofistas. Y aquí surge la diferencia con Sócrates, que Jenofonte señalaría en un diálogo: "Oh, Sócrates (dice el sofista): yo creo que eres justo, pero en modo alguno sabio; y me parece que tú mismo

lo reconoces, al no cobrar retribución alguna por tu conversación...". Quedarían señaladas allí cuestiones y diferencias esenciales que Mondolfo sintetiza así: "La educación sofista es formación de habilidades; la socrática formación de conciencias... la primera se asocia con un principio oligárquico, la segunda se inspira en la misma exigencia a la que obedecía imperfectamente la democracia ateniense". En el capítulo tercero, analizando los diversos aspectos de la vida, la acusación y la condena, Mondolfo señala el fondo democrático de Sócrates, notorio en "la apelación a la conciencia de los hombres políticos que debían considerar el ejercicio de las magistraturas como una misión que exige conocimientos e idoneidad" en la valoración del trabajo, que lo hacía afirmar con Hesíodo "que el trabajo no es vergüenza; el ocio, sí, es vergüenza", que "para los hombres y mujeres libres no es ninguna deshonra el ejercer un oficio manual; antes bien, que sólo a condición de trabajar y de no ser parásitos se puede llegar a ser sabio y justo". Mondolfo señala que Sócrates "honraba el trabajo también porque reconocía en él una actividad educadora que crea conocimientos e implica la conciencia de lo que se hace y de por qué se lo hace", y concluye afirmando que "En esa honra, directa e indirecta al trabajo, no menos que en la exigencia del diálogo, que reconoce la libertad de pensamiento y de expresión y la quiere para todos, Sócrates se nos muestra hondamente democrático" y rechaza por eso la justificación histórica de su condena "por razón de Estado... como defensa legítima de la polis democrática".

El capítulo cuarto es muy importante porque se refiere al espíritu de la enseñanza socrática. Señala que Sócrates no escribió nada y cuáles son los motivos que suelen darse por este abstenerse de la enseñanza escrita. Para Mondolfo "La forma esencial de la enseñanza socrática es el diálogo en donde el maestro pregunta más que contesta, excita la reflexión activa del discípulo y provoca su respuesta, obligándolo a buscar para descubrir; o sea: es un despertador de conciencias e inteligencias, no un proveedor de conocimientos".

Tomaremos de entre las cuestiones tratadas en el estudio que comentamos —todas importantes y de permanente vigencia— las que especialmente se refieren a la enseñanza. Ya mencionamos la diferencia entre la de los sofistas y la de Sócrates y en la de éste, la forma característica del diálogo. Recordemos el tema de la sabiduría de Sócrates: la consulta

a la Pitia y su respuesta: "nadie" era más sabio que Sócrates. Y la explicación que a este propósito da Sócrates en la *Apolo*gía: "...Tú crees ser sabio y no lo eres... Al irme pensé: En verdad que soy más sabio que él, pues nadie entre nosotros sabe nada bello y bueno, pero él cree saber y no sabe; yo no sé, pero tampoco creo saber. Y por esta pequeñez parece que yo soy más sabio: porque no creo saber lo que no sé". Por eso Mondolfo nos explica que "La conciencia de su ignorancia representa para el hombre una verdadera sabiduría, en cuanto por ella su espíritu se purifica del error; en cambio (según dice Sócrates en el *Sofista* platónico) "me parece ver una especie de ignorancia, que es la más grande y peligrosa y tiene por sí sola un volumen igual al de todas las otras juntas. —¿Cuál es? —La que no sabe y cree saber, pues origina todos los errores que cometemos con nuestra inteligencia". Tremendo problema el del sé y el del no sé, que, frente a la posición de Sócrates, puede dar pie a interpretaciones como la de De Ruggiero y otros historiadores que "no reconoce en la actividad de Sócrates un apostolado de ciencia, porque no habría tenido una doctrina que predicar al mundo, sino sólo un método de duda". Mondolfo nos muestra cómo la crítica racionalista de Sócrates, según algunos, socavaría los fundamentos tradicionales, políticos y religiosos de la polis, extrañando a los jóvenes de la vida pública y de los problemas de la ciudad, para preocuparse sólo por su propia vida interior, y como por el contrario, el Estado consideraba la participación en las asambleas y magistraturas como un deber de los ciudadanos y no sólo como un derecho, la influencia negativa de Sócrates hacía que éste necesariamente pareciera un corruptor. Y, en fin, dada la vinculación de la vida de la polis con la religión ciudadana, Sócrates, que quería sustituirla por otra fe, se hacía innegablemente, "reo de impiedad". Como vemos, cabe hablar del "problema" de Sócrates. Sócrates sabio, maestro, corruptor, reo de impiedad, acusado, condenado y ajusticiado. ¿Era negativa e impía la influencia de Sócrates? Alcibíades en el *Banquete* dice: "...Los discursos de este Marsias muchas veces me han impresionado de manera tal que me parecía que no valía la pena vivir en mi condición... sólo con él me ha ocurrido avergonzarme de algo" y Menón le dice en el diálogo platónico: "¡Oh, Sócrates! antes de que te conociera me dijeron que todo lo que haces es crearte dificultades a ti mismo y a los otros, a fuerza de sembrar dudas en tu cabeza y en la de los demás". A lo que

Sócrates contesta: "no se trata de que yo esté seguro y siempre dudas en la cabeza de los demás, sino que por estar yo mismo más lleno de dudas que cualquiera, hago dudar también a los demás". Arduo problema. ¿El maestro debe sembrar dudas o certidumbres? O, dentro de la relatividad corriente, ¿dudas y certidumbres? ¿o las primeras como camino de las segundas? ¿Cuál era la siembra de Sócrates? Mondolfo, que tan profundamente conoce los *Diálogos* de Platón, como toda la literatura socrática, puede esclarecernos con la certidumbre de su interpretación: "En todo esto nos encontramos con una honda religiosidad demostrada en la vida toda y en todo el magisterio de Sócrates... En el marco de estas creencias, el cumplimiento de la misión sagrada que Sócrates creía le había sido confiada por Dios, resulta un verdadero apostolado que no se comprende en la plenitud de su significado si sólo se contempla en su faz negativa, la de la refutación y la duda, y que únicamente puede comprenderse si se le agrega la faz positiva, esto es, la orientación espiritual que ofrecía a sus discípulos, al sugerirles continuamente que debían ocuparse de su alma para mejorarla. Exigencia de purificación, de liberación y de elevación espiritual, que tenía su raíz en la idea de la naturaleza divina del alma y de su destino en una vida futura inmortal". ¿Cuál era la pedagogía esencial de Sócrates? Mondolfo nos recuerda la afirmación de Trasímaco en la *República*: "Yo sabía, y se lo dije antes a esta gente, que tú no querías contestar, sino que emplearías la ironía, y harías cualquier cosa antes que contestar si alguien te interrogara. Esa es tu costumbre: no contestar nunca, sino, cuando otro contesta, tomar su discurso y refutarlo... He aquí la sabiduría de Sócrates". Sócrates nos explica en el *Diálogo* platónico: "...y se me puede reprochar lo que muchos me reprochan, es decir, que pregunto a los demás, pero que no contesto nada acerca de nada, por falta de sabiduría. Y ésta es la causa: que Dios me impone el deber de ayudar a parir a otros, pero a mí me lo impide. No soy sabio, pues, ni tengo descubrimientos que mi alma haya dado a luz, sino que los que están conmigo parecen al comienzo ignorantes, pero después hacen un progreso admirable... Sin embargo, es claro que nada aprendieron de mí, sino que son ellos quienes por sí mismos hallaron muchas y bellas cosas que ya poseían". ¿No diría tantos siglos después Pestalozzi, en uno de sus célebres principios: «no decir nunca al niño lo que él solo puede descubrir»? La misión fecunda del maestro consistiría

precisamente, en poner al discípulo en el camino de descubrir, para que el conocimiento sea siempre una adquisición por propia búsqueda, aun en el caso de que el maestro guíe, ponga en el camino, en la posibilidad del encuentro. Con razón nos enseña Mondolfo: «¿Qué significa esa afirmación: «Dios me impide parir»? Significa que la misión de maestro que Dios impone a Sócrates no se cumple si las verdades no son conquistadas activamente por los discípulos mismos, si no son hijas de sus espíritus, y si ellos no las reconocen como verdaderamente suyas. Sólo así pueden tener la plenitud de su valor intelectual y moral, cognoscitivo y práctico; y por eso la ironía socrática que finge ignorancia, no es una mentira (como le parece a Turin, loc. cit.), sino una obligación impuesta por la misión sagrada de abstenerse de la enseñanza dogmática, un imperativo categórico para el verdadero maestro. De este modo, la afirmación de su propia esterilidad y falta de sabiduría no constituye solamente una expresión de la ironía socrática, sino que expresa también la característica de su método, que estimula la investigación en vez de ofrecer doctrina, en la convicción de que el interrogado extrae realmente sus contestaciones y descubrimientos del interior de su espíritu. Este sincero, supremo acto de humildad por el cual el maestro se disminuye hasta, aparentemente, desaparecer, ¿no constituye el sello del verdadero maestro, su más alto timbre de dignidad? ¿No muestra eso, precisamente, la condición sagrada del auténtico magisterio? Por eso no es negativa la acción de Sócrates, porque, como nos explica Mondolfo, «después de la refutación se presenta la segunda parte del método socrático: la mayéutica o arte del alumbramiento». Sócrates, en su ignorancia, sabe que si al discípulo se le pregunta «de manera verdadera», extrae la ciencia «de su interior, sin que nadie le enseñe». Por eso señala Mondolfo que «no hay que pasar por alto esta frase de apariencia inocente: «si se le pregunta de manera verdadera», porque en ella está la clave del enigma. Ella explica la confesión singular de Teeteto: «por tu mediación dije más de lo que tenía en mi pensamiento» (Teeteto, 210). La interrogación verdadera del verdadero maestro es en realidad un método de enseñanza y de instrucción, pero de una instrucción activa, que se ejerce sin que lo parezca, como estímulo, guía y sugestión disfrazada». Pero, como bien reconoce Mondolfo «este método supone y afirma la existencia, en el interrogado, de una potencia espiritual intrínseca, y, al convertirla de potencia en acto, tiene que considerar ya existente en su espíritu cierto saber congénito o

bien cierta capacidad cognoscitiva que tiende a realizarse. En otras palabras, el método socrático de la mayéutica contiene en germen, más o menos conscientemente, la convicción que Platón expresa en su teoría de la reminiscencia, cuyo verdadero significado es esencialmente activista, de facultad y esfuerzo de conquista, y no de mero vestigio pasivo de una inerte contemplación anterior». Así, a propósito de la condición del discípulo, para que puedan darse los frutos del método socrático, hay que recordar aquella intuición instintiva que Sócrates, como nos dice Mondolfo, «consideraba inspiración del daimon siempre presente en su interior y que le revelaba quién estaba dispuesto a aprovechar su conversación y quién no, y así se guiaba en la selección de sus discípulos». De las explicaciones de Sócrates con respecto a los discípulos, Mondolfo señala con razón «tres clases de espíritus en relación con la posibilidad de adquirir la sabiduría: hay una disposición absolutamente negativa, que determina una invencible repulsión instintiva; otra, neutra, que representa una falta de interés, con la cual no puede obtenerse ningún resultado útil; y, por fin, la disposición favorable, que significa una atracción espontánea, una simpatía recíproca entre maestro y discípulo, que constituye una fecunda condición comunicativa». Sería muy interesante detenerse en la consideración de estas diversas condiciones de espíritu frente a la posibilidad de enseñanza, y si puede darse en la experiencia de cualquier maestro, o si la misión deseable para el maestro debe ser la de que se dé con todos, o siquiera con los más, aquella atracción espontánea, aquella simpatía recíproca entre maestro y discípulo.

Con respecto a la eficacia de la mayéutica socrática consideremos, con una experiencia corriente de maestro, la cuestión siguiente: El maestro traza un triángulo de 3 lados iguales y dice a sus alumnos: «el triángulo que tiene sus 3 lados iguales se llama equilátero». Los alumnos podrán aprender dogmáticamente esta noción. Les interesará, les importará y la retendrán más o menos. Pero, ¿no cambia por completo la cuestión y no se torna esencialmente fecunda si el maestro propone que los alumnos, por sí mismos, tracen triángulos tan diversos como sean y busquen, ellos mismos, qué posibilidades se dan con respecto a sus lados y cómo se los podría denominar y cómo se los podría trazar? De este modo, el maestro habría puesto a sus alumnos en camino y ellos, con su ingenio, con su inteligencia, con su esfuerzo, con sus tropezos (también fecundos) y con sus triunfos y alegría consiguiente, conquistarían un conocimiento nuevo como por sí

solos, como en descubrimiento propio. ¿Qué diferencia en los resultados; qué dilatación de las facultades del intelecto y la voluntad; qué disciplina, qué fecunda disciplina! ¿No podríamos proceder así en cualquier tema y materia? ¿En cualquier tema de geometría, en el razonamiento de los problemas? ¿No podemos ir guiando al discípulo para que llegue él mismo al trazado o al resultado que se busca y, así mismo, a que descubra, por el contexto o por sugerencia de la idea contraria, el significado de una palabra nueva, o infiera cuál puede ser el clima, la flora o la fauna de una región según la zona de la tierra, su relieve orográfico o su hidrografía, y así en un margen amplísimo de posibilidades para cualquier conocimiento? En el ejercicio activo de la enseñanza, qué ilimitado desarrollo pueden tener todas estas cuestiones que, por razones obvias, aquí sólo sugerimos.

El riquísimo compendio del maestro Mondolfo se cierra con el capítulo «La influencia socrática y la perennidad de Sócrates», recordando cómo este filósofo «que no dejó nada escrito», para Ortega y Gasset «encierra en sí la clave de la historia europea, clave sin la cual nuestro pasado y nuestro presente son un jeroglífico ininteligible». Y a través de las curvas de interpretación y valoración de Sócrates por los grandes historiadores, críticos y filósofos en el decurso de la cultura occidental, Mondolfo nos enseña que «la exigencia de actividad y libertad es por ende el lema fundamental de la pedagogía socrática; el único lema que pueda llevar la educación a la conquista activa y real de la ciencia y la moralidad: de una ciencia que es guía de la vida; de una moralidad que es autonomía, ley interior o voz de la conciencia. Además, en la mutua cooperación que esta educación implica entre maestro y discípulos e igualmente entre todos los miembros de la comunidad humana, esa exigencia de libertad es también una exigencia de amor: del amor cuya ciencia Sócrates se jactaba de poseer a fondo, en tanto que decía ignorar todas las otras bellas y felices ciencias... De este modo Sócrates asociaba a la docta ignorancia, o conciencia permanente de los problemas, única fuente de todo progreso cognoscitivo, la superación del odio y la afirmación del amor y de la solidaridad humanas, que, mediante el reconocimiento de la libertad espiritual de cada uno, procuraba la cooperación de todos en el esfuerzo por alcanzar el fin común. Fin humano por excelencia, esto es, la elevación intelectual y moral que constituye el verdadero bien y la satisfacción íntima de cada uno y de todos, ley de autonomía y fuente de verdadera felicidad.

De todas estas exigencias, que mientras exista la humanidad son y serán siempre una necesidad y un imperativo categórico, Sócrates ha sido, en su pensamiento y en su acción, una personificación incomparable: en esto consiste la perennidad de su enseñanza».

Nos preocupa honradamente hacer la reseña de este compendio tan rica y lúcidamente sintético, que tiene, en su concisión, la fecundidad de la semilla, porque la mención de unos temas parecería dejar de lado otros, cuando todos los abarcados en el estudio son tan importantes, tan vigentes, de tan vibrantes resonancias en nuestros días. Nos quedaría por encarecer la atenta lectura del compendio con todas las posibilidades de ampliación que, magistralmente, nos ofrece don Rodolfo Mondolfo con una versación y una generosidad dignas del mayor reconocimiento.

ERNESTO KREBS.

ENRIQUE LOEDEL, Física Relativista. Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1955.

Posiblemente en cualquier grado de la enseñanza, pero de una manera especial en la superior, se presentan dos criterios o tendencias pedagógicas, que tal vez no hayan sido suficientemente analizadas y discutidas por los especialistas competentes, para aclarar bien los pro y los contra de cada una.

Según unos, hay que procurar presentar las cosas de la manera más simple posible, con razonamientos atractivos que, sin perder el rigor, oculten u orillen las dificultades laterales al argumento, permitiendo seguir adelante sin que el alumno se dé cuenta de los peligrosos despeñaderos que ha ido sorteando, ni de lo afiligranado y sinuoso del sendero por el que se lo conduce, y al que se hace aparecer como camino natural, ancho y seguro, sin sombras ni peligros ocultos.

Según otros, en cambio, han de presentarse al alumno, en cada momento, todas las dificultades y peligros que debe vencer la razón para seguir adelante; debe insistirse en los cuidados y precauciones para poder avanzar, sin tropiezos, por el penoso camino hacia lo desconocido.

Tiene el primer método la ventaja evidente de hacer perder el miedo al alumno. Su audacia se desarrollará, y se sentirá

fuerte y seguro para embarcarse por sí solo, cuando lo deje la mano del maestro, hacia terreno nuevo, incógnito y virgen, en donde no hay otro guía que el ruido de los hachazos, lentos y espaciados, de los investigadores que en fatigosa lucha sin cuartel están conquistando terreno, palmo a palmo, para los reinos del Conocer y del Entender.

Tiene, por otro lado, el inconveniente de que el alumno, acostumbrado a verlo todo de color de rosa, pueda adquirir el convencimiento de que todo el monte es orégano y se lance, cuando lo abandone la mano de hada del maestro, a descubrir por su cuenta, con el optimismo de Cándido, sin atinar a precaverse de las arenas movedizas, precipicios y trampas de que no fué advertido y que probablemente terminarán con su optimismo mucho antes de que el canto del gallo le anuncie la aurora de un primer éxito en su aventura.

Con el segundo método, en cambio, el alumno puede volverse timorato y terminar por quedarse incapaz de proseguir cuando se lo deje solo. En cada momento se le presentarán pavorosas dudas: la intuición me dice muy claro que esto es evidente, pero, ¿qué es la evidencia?, ¿no me engañará la intuición? Uso en mis experiencias este reloj que me aseguran es correcto, pero, ¿sabrá el relojero que esto me afirma que los relojes modifican su marcha con la velocidad y que Buenos Aires gira con la Tierra más rápido que Bahía Blanca?; tengo que derivar esta función, pero ¿será derivable?; obtengo esta serie, pero, ¿será convergente? Y así, uno tras uno, se le acumularán mil temores que le imposibilitarán dar un solo paso y quedará detenido, ahogado por la montaña de dudas que el profesor despertó en él para ponerle en guardia de los peligros que acechan a todo investigador demasiado confiado.

Los dos tendencias extremas son por tanto discutibles. Y éste es el punto difícil que debe vencer todo profesor consciente: equilibrar ambas posiciones para guiar al alumno por el justo medio. Ni pintárselo todo de color de rosa, olvidando las dificultades que hubo que vencer y las dudas que todavía quedan respecto a lo alcanzado, ni levantar demasiados fantasmas vestidos de dificultad o de rigor, que lleguen a cerceñar el brote de toda iniciativa personal.

Es cierto también que una u otra tendencia debe preponderar según el grado de la enseñanza impartida. En un curso introductorio, votaríamos por el primer estilo. Debe introducirse al alumno por caminos suaves, desbrozándole al máximo las dificultades para que adquiriera fe en sí mismo y su intui-

ción se moldee en el estilo que otros, más penosamente, ya crearon en forma definitiva. Es lo que se hace con el niño, enseñándole a hablar antes de conocer la gramática o con el escolar, enseñándole a operar con raíces antes de discutir el concepto de número irracional.

En cambio para un curso superior estaríamos más de acuerdo con el segundo método. Antes de librar al alumno a su iniciativa personal, es imprescindible precaverle de las dificultades que deberá vencer y de los cuidados que le conviene tener.

Ninguno mejor que el libro de Loedel sobre «Física Relativista» para ejemplificar las consideraciones precedentes. Se presta tanto por el libro en sí, como por el tema tratado. En efecto, el impacto de la teoría de la relatividad, coincidente con la explosión de la propaganda periodística como nervio de todo sistema comercial, político y social, alcanzó una divulgación sin precedentes. Hace treinta o cuarenta años, que las teorías de Einstein eran el tema obligado de toda conferencia de divulgación y aun de toda reunión social que quisiera vestir ribetes de fineza intelectual. La epidemia relativista pasó y, dejando por el camino todas las tonterías vertidas sobre la misma por pseudo-filósofos y literatos, se reintegró a los cuarteles de físicos y matemáticos, de donde nunca debiera haber salido, con todos los honores de teoría magistral, revolucionaria e indestructible.

Sin embargo, de su excursión por el llano, ha quedado pendiente una duda y un consecuente tema de discusión: ¿es la teoría de la relatividad vulgarizable? ¿puede exponerse, con fruto, en nuestros primeros años de facultad? Respecto a la primera pregunta, nuestra opinión es que no. Respecto a la segunda, el libro de Loedel es una excelente punta de lanza para probar que sí.

Tiene el profesor Loedel bien merecida fama de expositor. Sus obras pertenecen claramente a la primera tendencia que mencionábamos al principio: todo en ellas aparece claro, lo árido se torna atractivo, lo difícil se vuelve fácil. Y para mantener esta fama, aun en tema tan resistente a la presentación simple como es la teoría de la relatividad, Loedel ha debido hacer un verdadero «tour de force» del cual, sin embargo, su pericia le ha permitido salir airoso. Se llega en el libro a mucho, a partir de bien poco. Es poco lo que se pide al lector en cuanto a conocimientos previos (los corrientes en los dos primeros años de nuestras facultades de ingeniería para ciertos capítulos y aun menos para otros) y es mucho el camino

que se le hace recorrer, llevándolo bien lejos en el campo de la relatividad.

La ventaja y los méritos de ello son evidentes e innegables. Pero como todo libro en el que prepondere la primera de las tendencias citadas, puede presentar también los peligros que antes señalábamos de una manera general. Es posible que el lector se acostumbre demasiado al camino fácil y admita como tales ciertas cosas que no lo son tanto. En este caso particular, sin embargo, el peligro no es grave y el remedio sería simple: bastaría añadir en ciertos puntos algunas citas bibliográficas, para el lector que quisiera salirse un poco del camino obligado por el libro. Por ejemplo, cuando en la página 447 se le dice que el elemento espacial puede escribirse en la forma (59), puede quedarle la duda al lector de si este «puede» es un paso inmediato, y si es curioso intentará obtenerlo por su cuenta; en este caso lo más probable es que fracase, pues el asunto no es trivial y en consecuencia una cita al pie advirtiéndole de esta dificultad, y diciéndole dónde puede encontrar el desarrollo, le sería de una gran utilidad. Observaciones análogas podrían hacerse en la parte de cálculo tensorial.

Pasemos un poco al detalle del contenido del libro.

La relatividad especial —primera parte de la obra— es presentada con gran cantidad de gráficos, detalles y ejemplos bien elegidos que el lector sigue con gusto e interés. Deducidas las fórmulas de Lorentz a través del fenómeno de aberración de la luz y después de muchos ejemplos sobre la marcha de los relojes y la variación de las longitudes de las reglas, trata elegantemente la cinemática y la dinámica relativistas, incluso esta última para el campo electromagnético. Termina la primera parte con un capítulo referente a las pruebas experimentales de la teoría restringida o especial.

Un espíritu matemático seguramente encontraría más de su gusto poner de entrada las fórmulas de Lorentz y deducir de ellas todo lo demás, sin necesidad de justificarlas ni pretender hacerlas intuitivas. El porqué las leyes son invariantes respecto al grupo de Lorentz y no respecto al grupo de Galileo, no tiene más sentido —siempre para un matemático— que el preguntarse por qué la constante de Planck tiene el valor que tiene y no otro.

Pero la relatividad especial no es una teoría matemática, sino eminentemente física y para físicos, y si el físico —o el metafísico que lleva dentro— siente la necesidad de intuir las fórmulas de Lorentz, bien está —y en este caso el libro

de Loedel le será de indiscutible utilidad— que goce con el juego de señales luminosas que van y vienen, relojes que atrasan, trenes que se acortan y personajes que viajan para encontrarse, a su regreso, con los nietos de sus nietos.

La segunda parte trata de la relatividad general. Ésta es, en cambio, una teoría matemática: una geometría que la profundidad de Einstein supo interpretar como representativa de las leyes del universo. Su dificultad es doble. Como teoría matemática tiene el «alambre de púas» —al gráfico decir de Loedel— del cálculo tensorial. Como teoría física presenta la gran dificultad de tener que interpretar las púas de este alambre como algo ligado a los fenómenos naturales.

La parte del cálculo tensorial está condensada, muy hábilmente, en un corto número de páginas. Los claros y abundantes ejemplos han de ser sin duda de gran utilidad para su comprensión y para adquirir práctica en su manejo. Así, los ejemplos del péndulo circular y del péndulo esférico calculados a partir de geodésicas del espacio-tiempo, son muy bonitos e instructivos, aunque tal vez debería insistirse más en que el elemento de arco tomado es sólo una aproximación justificada por la observación (pág. 266), de que el efecto de curvatura del espacio es despreciable y que la sustitución $ds = c dt$ es otra aproximación, como bien se observa en la pág. 268. Resulta así que lo que es exacto en la teoría clásica, es sólo aproximado según la relatividad general.

Las ecuaciones del campo gravitatorio, su integración aproximada para campos débiles y la solución exacta de Schwarzschild (comprobada a posteriori), constituyen un capítulo donde destaca la habilidad del autor para orillar dificultades y llegar lejos con un mínimo de conocimientos previos. Lo mismo puede decirse del capítulo dedicado a la discusión de las pruebas experimentales de la teoría, con una clara y documentada exposición de los tres efectos cruciales.

Una de las aplicaciones de mayor resonancia de la relatividad general ha sido su aplicación a la cosmología, parte importante y sobre todo atractiva por los juegos que permite entre la fantasía y las ecuaciones matemáticas, juegos de los que resultan, como por arte de magia, numerosos valores (dimensiones y edad del universo, expansión del mismo, universos oscilantes...), a partir de un solo dato: la densidad media de la materia en todo el universo. Todo ello está tratado con detalle.

Un capítulo interesante es el dedicado al "Principio de la velocidad parabólica" en el que el autor cifra muchas esperanzas. Una ventaja evidente del mismo es que nos da de inmediato el elemento de arco de Schwarzschild y teniendo en cuenta que de este elemento se deducen prácticamente todas las consecuencias hasta ahora comprobables de la relatividad general, se tiene un camino para explicar estas consecuencias sin el paso a través de las ecuaciones de la gravitación de Einstein, siempre complicadas. Por otra parte, las ecuaciones deducidas del principio de la velocidad parabólica para campos débiles, deben coincidir en primera aproximación con las ecuaciones newtonianas, con lo cual será difícil discutir experimentalmente la validez o no de dicho principio. Tal vez sería interesante ver si este principio puede decir algo sobre el problema cosmológico.

En resumen, los propósitos del autor de elementalizar lo más posible la teoría de la relatividad pueden considerarse llevados a cabo con todo el éxito posible ante una empresa nada fácil. En idioma castellano no conocemos otros textos sobre relatividad, actualmente asequibles, que el de Terradas-Ortiz y el que reseñamos de Loedel. Ambos se complementan perfectamente: el primero de carácter enciclopédico, con todas las dudas y dificultades señaladas en una bibliografía abundantísima; el segundo, verdadero libro de texto, ha de ser de mucha utilidad para estudiantes en el sentido amplio de la palabra, es decir, para todos los que sientan interés para introducirse en una disciplina tan importante y atractiva.

La presentación e impresión de la Editorial Kapeluz son excelentes, como es costumbre en todas sus obras. Las numerosas y bien diseñadas figuras contribuyen a la claridad del texto.

LUIS A. SANTALÓ.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

UN MUNDO

Un año más y habrá que partir. Yo no sé si cada hombre tendrá su punto de seguridad, su local propio sobre la tierra. Es verdad que algunos, tal vez muchos ya, se resuelven moviéndose, cambiando de lugar; son gentes trashumantes que parecen llevar tras de sí, como el caracol, su casa a cuestas. Un pequeño coche les es suficiente. Su independencia parece estar garantizada con eso: con el coche. Pero solamente con él. Quitádesle su coche y son hombre al agua. ¿Qué hacer con sus dos pies, con sus dos ojos? Porque este hombre que recorre un país en un santiamén, no busca la variedad ni le interesa gran cosa saber si sus habitantes condimentan con aceite o con mantequilla. Lo que les induce al cambio no es siquiera la curiosidad, es el vértigo. Una nueva forma del vértigo que es la velocidad por la velocidad. Una nueva forma, podríamos sospechar, de la desesperación. La máquina, que es tan reciente, ha producido ya sus desesperados o les ha facilitado a algunos la modalidad de desesperación que les convenía. Y que yo considero tan desesperante. Sin duda porque pertenezco a los situados en el extremo opuesto no ya de la desesperación sino de la concepción de la vida misma. Una concepción que tiene bien merecida también su opción al desespero, aunque a un desespero más consciente, diría yo, y mucho mejor motivado. Un sabio chino dijo, por Dios sabe qué milenio perdido de la cultura asiática, que: "Cuando más se viaja menos se sabe". ¿Se ha dicho nunca algo tan sutil y tan humorístico? Me complazco en saborear estas palabras como un fruto acidulado. Lleno de buena y mala intención. Muy bien mal intencionado. Muy sabiamente. ¡Pobres viajeros internacionales! Helos ahí al descubierto, tiritando, con los ojos repletos de imágenes y plenos de ignorancia. Si al menos al volver fueran capaces de contarle algo decisivo, algo que no sepa, a su anciana portera sentada durante los años enteros de su vida en su cuchitril, segura, sabia, e inamovible. Al contrario, ella es la que, sin inmutarse, les cuenta a quienes regresan lo que acaba de suceder

durante su ausencia y que, por insignificante que sea, posee en aquellos labios vitalicios una tal gravedad, que pronto quedan aventadas las imágenes que traemos prendidas sobre nuestros vestidos como el polvo de las mariposas. Y es que, quien no tiene un punto fijo de observación, como le sucede a nuestra portera, y por lo que presumo, a aquel arrinconado chino malicioso, no sabrá nada de nada, nada de lo que importa saber: traerá plumajes exóticos, hablará como un papagayo multicolor, pero nada más. Si se atiende, y sabe valorarlo todavía, al modo como nuestra portera narra concienzudamente, expresiva y **entrañablemente**, cualquier truculenta historia de vecindad, tendrá que reconocer que él, como espectador de cosas extranjeras, como corredor del mundo, se ha hecho insípido, se ha banalizado. Ya lo dije en otra ocasión, de viva voz, y en forma epigramática, refiriéndome a una familia española de quien se me decía que había llegado, recorriendo Europa, hasta Escandinavia, pero que, en cambio, no había puesto los pies en Sevilla; y exclamé: pues se les nota. No quisiera, por lo que voy diciendo, que sospechara el que me lee, que no me he movido nunca de este rincón, bien por gusto o bien porque me lo impidieran mis ocupaciones, o lo que resultaría más deprimente en una época que sólo vive, con seriedad, para ganar dinero, por falta de recursos. No, he visto tal vez más de lo que me convenía, aunque no precisamente, hasta ahora, lo que hubiera preferido. Si los vientos me llevaron más hacia Occidente, donde suponía yo que nada se me había perdido, que hacia Oriente, que tenía para mí el prestigio de un viejo abanico encerrado en un arca, fué más cosa del destino que de mi preferencia. Y las cosas no creo que ocurran en balde. Si hiciéramos siempre lo que pretendemos hacer nos convertiríamos en objetos de una sola pieza. Tiene su valor pero observo en quienes esto sucede un no sé qué de académico que les resta vivacidad. Piezas de museo, sin duda, pero que no son las que nos gustaría traer para el adorno de nuestra casa y, tratándose de seres humanos, aquellos que consideramos más aptos para nuestro íntimo entretenimiento. En cambio, la intromisión en nuestros propósitos de lo imprevisible no sé qué añade a nuestra vida de favorablemente desviado, digámoslo así, y que constituye el aliciente y las consecuencias del azar. Movámonos hacia donde nos movamos lo importante es regresar al punto de mira que nos es pro-

pio, aquel desde el cual iniciamos nuestra exploración del mundo y el descenso paulatino a las profundidades de nuestro propio ser. Se puede hoy viajar, y espero que tal vez esta fórmula me identificará a mi modo con el sabio chino, sin moverse de su sitio. O sea, trasladando cuidadosamente protegido, para que los distintos climas no puedan desnivelarlo, nuestro laboratorio mental. Lo cual no quiere decir que nos volvamos impermeables ¡Válgame Dios! La impermeabilidad es una defensa y no se trata de defenderse sino de fecundar. O de ser fecundado, no importa. El espíritu no tiene prejuicios y sólo sí, una exigencia, realizarse, hallar su forma, la suya, que será tanto más firmemente suya, cuanto más cabida haya dado para transitar por su espacio a las formas ajenas, cuanto más beligerancia haya concedido a las otras, cuanto más haya dialogado con ellas. Cuantas más puertas haya dejado abiertas a los aires propios —y con frecuencia molestos—, de la ecumenidad. Todos en mi casa y yo en la de nadie. Mucho es decir, pero ¿por qué no? Todos en mi casa y yo nutriéndome de tal diversidad y extrañeza, pero en mi terreno propio, en mi propiedad, recogiendo todos los sabores, y aun los más amargos, y aun los indigestos, pero sin perder pie, sin olvidar mi terreno que piso, y procurando siempre que cualquier pez grande, como es hoy tan aplaudido, no se me coma, no tanto por mi sabrosidad como por la brutal manera como se entienden en nuestros días las delicadas cuestiones del apetito. Todo es una cuestión de apetito. El apetito es un hambre que puede no haber perdido su fuerza inicial; lo que pasa es que ésta se demuestra más que comiendo, seleccionando. Es a lo que llaman decadencia los instigadores famélicos del hambre ancestral. Para mí, decadente es aquel que ha dejado de sentir hambre legítima, que ha perdido las ganas y que sólo encuentra tolerable, por ineficaz, lo insípido o lo soso. O puede, también, por comprensible que parezca, lo corrompido. Cuando el hambre se ha convertido en un apetito, quiere decir que con sólo este cambio de palabras hemos ascendido unos estadios en la vida animal. Pero hacer del hambre un estilo es, simplemente, la etapa del hombre superior. ¿Qué es un hombre otoñal? El otoño es, en esta acepción, una estación decadente. ¿Pero cómo negar que todas las anteriores pierden su sentido si no conducen, intencionadamente, a ella? Una vida puede ser calibrada por el vigor de su decadencia; por la calidad de

su resultado. "Al árbol se le conoce por sus frutos", se dice desde antiguo. El año discurre a lo largo de sus doce meses y sólo al final sabemos si ha sido bueno o malo. Mal año de tal, o buen año de cual, se nos dice ateniéndose siempre a alguna cosecha. Verdaderamente, y el hombre lo sabe, ese momento en que desprendemos el fruto del árbol, ese momento cumbre, posee una magnificencia misteriosa que a nada se compara. La plenitud y la majestad están en nuestras manos. La dicha de la existencia nos trasciende. Pero ¿por qué? — ¡Ah tenebrosa raigambre! La sola esplendidez no es capaz de producir en nuestra sangre ese espasmo de la felicidad. Lindando con ella, más aún, formando con ella un todo fatídico, está la decrepitud y el anonadamiento. Toda planta desposeída está agotada, ha entregado cuanto tenía, se derramó; y sufre un déficit. Una anemia postrera. Y en esa lividez que la invade, bajo el peso mismo de su opulencia, reside la profundidad del otoño y su magnitud arcana. Dar no sería nunca digno de encomio si no fuera porque el ir dando nos acerca a la muerte:

Ésta sí que es siega de vida,
ésta sí que es siega de flor,

cantaba un español, productivo, opulento, casi veraniego, pero, al fin, otoñal. En este momento, tierra, cielo y yo, coincidimos en la misma estación. Medio siglo es, para el hombre, el tiempo de su cosecha. Todo lo anterior es brotar o florecer. Hay quien se queda en esto. En florecimiento. ¿Alguien ha sido mejor que Keats, la transparencia primaveral, la rama en flor? Fugaces expresiones que expanden el aroma del botón verdisco, pasan como los años mozos, sin dejar huella de su pie; como un anhelo sin carne. ¿Quién no hubiese querido detener su paso en ese paraíso de la estación juvenil en el que nada está aún decisivamente formado y donde la fragancia de las emociones, como un reclamo o como un trampolín, nos sale al encuentro mucho antes que las emociones mismas? Pero cuando leemos al Tasso, y nosotros mismos hemos madurado, sentimos en el aire una gravitación tan entera, en nuestro aliento una sedimentación tan lograda, que no podemos menos que decirnos: he aquí la fuerza de la edad. Estas tierras más que fueron, en su debido tiempo, por el año quinientos o seiscientos antes de nuestra era, primaverales, viven hoy su postrera etapa. Su vegetación ha alumbrado cursos completos de sabiduría, de creación y de

engalanamiento. Sucesos y más sucesos ilustran sus campos, sus rincones, sus ciudades. Todo es historia en esta zona climática. Todo es claridad. Todo es elocuencia. Todo habla. Todo tiene sus cosas vividas que contar. Desde el Mar Rojo al estrecho de Hércules, un mar transitivo ha derramado su sal en las costas felices de los hombres. Si se huele a romero, recordamos que Linneo, el naturalista, hablaba de que las riberas hispánicas eran reconocidas de lejos por los navegantes debido al intenso perfume que lanzaba su monte costero (el *Rosmarinus* de la antigüedad). ¿Qué no tendrá aquí su historia escrita? Dulces tierras mediterráneas, que han perdido la foscura del anónimo, teñidas, como una deidad, por la fina diadema de la inteligencia. Veo los campos tiernamente humanizados por la mano labriega de la raza gentil. Sus bancales color de miel, sus vergeles, sus toques de fronda obscura, sus sendas desplegadas de casa a casa, de plantación en plantación, de cultivo en cultivo, como rastros coloquiales de la comunicación y de la convivencia. Todo ha perdido la hosquedad temible de lo natural para convertirse en este valle culto en cuyos pormenores ha hecho enseñorear la mano del hombre su técnica virgiliana. Miro los árboles y los sembrados: tan nuestros, tan de siempre. Y sin embargo, tan venidos de aquí y de allá. Viajeros, algunos milenarios, que han encontrado aquí su definitivo asiento estético. El eucalipto australiano, la higuera del pedregal semita, la vid que Dionisio trajo sombreando sus sienes de las profundidades asiáticas. Ni siquiera estas flores de jardín que creemos nos pertenecen inmemorialmente: el heliotropo, oriundo del Perú (*Heliotropium peruvianum*) y esta brizna de jazmines que llevo sujeta en lo alto de mi sombrero estival y que ha olvidado ya, a lo largo de tantos veranos alicantinos, su legendario origen persa. — ¡Ah! pero esto sí, el olivo, he aquí nuestra única planta autóctona. ¿Cómo no conmovernos ante ella, ajada como está, como nuestra cultura y eternamente renaciente desde su vejez? Lo veo bajando por los bancales apeldañados con su leve copa de color de humo, conviviendo en su modestia con el fragante frutal o rozando tan sólo, sin atreverse a internarse en sus oasis de salud, esas pequeñas pinadas aromáticas que penden sobre una ladera del monte y que atraviesa de vez en cuando un borrico patrio por una senda rosa. Mal año de aceite, me ha dicho el labrador. Esto sí que es enteramente nuestro. Soberbias naciones, bloques financieros, novedades americanas, allá vosotros. Esto sí que

es nuestro. Este ejemplar en cuya rama añosa medio me recuesto, me deja colgando desde lo alto, desde su copa de plata, estas olivitas insignificantes e intensas. Bien le han hincado el diente el sofista griego y el bailarín andaluz. Con un poco de pan y adobe de hierbas, éste ha sido el alimento de tanto bailar y de tanta filosofía. ¿Puede darse manjar más sobrio para el aliento de una cultura? Sí, desde que Pallas, la de catadura de mochuelo, decidió que el Ática poseía el aire sutil que iba a necesitar su árbol pacífico. Y lo hizo brotar de lo desconocido, dando un golpe inspirado con su lanza guerrera. Desde entonces la tierra se enriqueció con un extracto precioso, un óleo inédito: el aceite. Con que se ha ungido a los reyes y a los muertos. Pero también con el que, desde aquel día, hemos podido freír el pescado y, quitándole crudeza, darle ese sahumero de oro y como de antigüedad. Ésta es pues mi tierra delante de la que me hallo diciéndole, como todos los años, adiós. No sin que éste, al entrar en su declinación, me haya llevado a preguntarme a mí mismo: bien ¿y tú? ¿Has cosechado algo? ¿Algo verdadero? ¿No ha llegado el momento para ti de descargarte de tu peso? ¿Qué puedes ofrecer, que no sea oropel o casquivanería, o simplemente vanidad, o engaño propio? Y me he quedado contemplando el cielo azul surcado por nubes fantásticas. Luego he devuelto mi mirada a la tierra. ¡El día de la verdad! Todo llega para el hombre en este mundo. Sí, cuántas aleluyas de papel, cuántas tormentas reducidas a un chaparrón veraniego. Cuánta inestabilidad. Y cuánta, también, ficción inexcusable, voluntaria. Flaquezas, Juan, flaquezas, y más que flaquezas, inutilidades. Pero veamos, algo habrá; separemos las ramas, busquemos por el bosque. Tal vez, altos señeros, recibiendo desde lo más hondo la sabia vida, el verdadero hervor de lo que somos, hallaremos los frutos de una consanguinidad espiritual que liga en nosotros el gusto a la idea. Hurgando en mí, sin contemplaciones, encuentro, adentrándome hasta los días de mi niñez, dos seguridades que no han roto su hilo de continuidad: una inclinación natural por lo justo, y un instintivo horror por lo vulgar. —Incluso, y esto es lo que me desanima, por el mucho rastro que de la misma vulgaridad hay en mí—. Tal vez no sean dones superiores, pero son los míos; la conjunción íntima de estas dos tendencias en mi sabor propio. Otras cosas fallan o se pierden, aun alguna sigue manteniéndose de su falsedad, pero

estas dos no. Puedo seguir su curso, su desarrollo y su afloación constante. Podría, incluso, ir a buscarlas en su nacimiento, como se remonta el río de nuestra comarca, por curiosidad y por placer; para recibir allí, ante el manantial, la alegría que despierta todo lo puro, lo vivificador, lo inoxidable. Así, aun hoy, me sorprenden en mí estas dos formas vivas de la energía espiritual, que, como las muletas de los inválidos, me sostienen permanentemente, y que como han dado su fruto verdadero me van sirviendo de siembra, cuando hablo, cuando escribo, cuando me apasiono, cuando me enardezco, o cuando más corrientemente, me dejo holgar. Ahora, frente a mí, el Otoño se mira en el otoño. Hace apenas una semana que estamos en él —tal vez cincuenta años ya—. Ha llovido mucho y los troncos talados de mi olmeda se han llenado de blancos ramilletes de hongos olorosos. El cielo se ha quedado de un azul húmedo, como de porcelana. De nuevo brilla potente el sol, pero es inútil disimular: estamos pasando de la Libra al Escorpión, y el aire deliciosamente fresco que nos bate en las mejillas indica que vamos de viaje. Irresolutos, los pájaros, acabado ya el amor y la crianza, se entretienen piando, picando, volando, y las ramas, a punto de amarillear, se balancean al golpe de un peso ligero. Todo es más que alegre, solemnemente decisivo. Desde mi alto balcón agreste descubro allá abajo, cercados de olivos y de rectángulos de maíz, con las panojas granadas y todavía enhiestas, unas figurillas labradoras. Tomo los prismáticos y las hago avanzar hacia mí dentro del círculo perfecto de la lente hasta quedarme tan asequibles, y tan distantes de todos modos, como los campesinos de Millet. Están arando, pero, a la vez, siembran. Son un hombre, una mujer, y la mula de trabajo. Al aproximarlos les he oído, incluso, alguna media palabra suelta que vibra en el aire. La tierra que van removiendo se queda como una espuma oscura, musgosa y aterciopelada. La mula va delante, con parsimonia aldeana. El hombre, que canturrea, le encauza la cuchilla del arado. Detrás suyo, la mujer, con una mano, va dejando caer la semilla que extrae, con movimiento rítmico, de un seroncillo viejo que sostiene con la otra. Es decir, él rasga la tierra, su compañera obedece y deposita el grano, y el manso animal conduce la voluntad de los dos. Todo con una claridad tal de sentido que casi resulta impúdico. Los sigo un momento en su dirección incisiva. Luego dejo los prismá-

ticos y me repito mentalmente divisándolos de nuevo alejados, en su pequeñez idílica:

Ésta sí que es siega de vida,
ésta sí que es siega de flor.

Que quien siega, siembra, si no quiere perecer. Y así ellos, como yo, ofrecen lo que tienen, y sembramos lo mismo que producimos, ni más ni menos, ellos surcando la tierra, yo avizorando el humor celestial, pero unos y otro sin saber por qué, empujados por las alas invisibles de un destino tan misterioso como irreparable.

JUAN GIL ALBERT.

EL BIBLIOTECARIO

El lector, el estudioso necesita un guía, un experto que le tome de la mano y le señale o abra el camino. El bibliotecario que en el siglo XIX ordena, cataloga y clasifica la producción, al objeto de ponerla a disposición del que desee consultarla, sin preguntarle de dónde viene, adónde va, sin distinción de ideas, sexo ni edad, a la sombra de la declaración de los derechos del hombre, y que con ello creía haber cumplido su misión, se ve lanzado a una nueva tarea: seleccionar sus fondos, advertir el grado de interés de cada obra para sus lectores y conquistarles para el uso de la biblioteca. "El bibliotecario es a manera de un filtro entre el depósito de libros y el lector", mas la democracia hace del libro una necesidad imprescindible. La cultura se trueca en "razón de Estado" y el libro en un servicio público, como la pavimentación, el alumbrado o el abastecimiento de aguas. Sin el libro no cabe sostener las democracias ni el alto nivel de vida que exigen países superpoblados con exceso; por ello, el bibliotecario no puede permanecer sentado en su despacho consagrado exclusivamente al trabajo rutinario de la catalogación y clasificación, en espera de que el lector llegue, sino que se ve forzado a convertirse en un agente activo en busca de lectores por todos los procedimientos, carteles, anuncios, radio, teléfono, prensa y demás procedimientos de la propaganda llamada agresiva, persiguiéndoles en el par-

que, en el tranvía, en el vuelo, en la escuela, en la Universidad, en la oficina, en la casa. Las normas de sus actividades a estas alturas pueden considerarse encerradas en la fórmula "buscar un libro para cada lector y un lector para cada libro; hacer que el libro y el lector se encuentren, sustituyendo el libro que ordinariamente se pide por el que se debió pedir".

Por otra parte, la humanidad se halla en la actualidad atravesando un momento de transición, de la adolescencia a la edad adulta, en cuanto pasa de la vida maravillosa de la imaginación y del ensueño a la pura realidad. De las tres preguntas que sucesivamente se formula el hombre ante la naturaleza: ¿Quién?, ¿por qué?, ¿cómo?, o sea: ¿quién la ha creado?, ¿cuál es su razón de ser?, ¿cómo dominarla y ponerla al servicio del hombre?, nos hallamos en la última. La magia y las conjuraciones han fenecido por la paciente investigación de los laboratorios, y de éstos van paulatinamente surgiendo las leyes y las reglas a que parece obedecer el universo; reglas que, una vez descubiertas, el técnico se encarga de aprovechar y ponerlas a nuestro servicio. Los sacrificios a los dioses, las conjuras e invocaciones, la magia empleada para evitar las epidemias de malaria o de la viruela, han desaparecido el día en que los investigadores han dado la fórmula para matar los mosquitos y enseñado a depositar un poco de pus tomado de la ubre de la vaca en la rozadura de la piel humana. De la capacidad de visión del hombre de la época de Pericles se ha pasado al microscopio electrónico, que permite contemplar las cienmilésimas de milímetro; en el macrocosmos ha habido necesidad para medir, de acudir al año luz, equivalente a diez mil millones de kilómetros. Otro tanto sucede en relación con el tiempo: igual que se cuentan cinco o seis millones de años pueden apreciarse al observar fenómenos sucesivos, mil millonésimas de segundo, como ocurre con la excitación de un átomo por los rayos catódicos de la emisión de rayos X. En el campo de la energía, el cosmotrón crea rayos que alcanzan los seis mil millones de voltio-electrónico. En materia de temperaturas, de apreciar solamente las diferencias entre el verano y el invierno, se ha pasado del cero absoluto a las centenas de millones de grados de las radiaciones termonucleares. De esta situación creada por el hombre se deduce una comprensión más clara de su posición en el cosmos, de sus deberes

de perseverar afanosamente en hallar todas las reglas por que se rige el universo y su divina armonía para dominarlas y ponerlas a su servicio, pasando a convertirse en el artesano creador de su propio bienestar. El hombre así ha confirmado su misión de investigador y declarado a la investigación de base o fundamental, la aplicada o técnica, y la operante o social, el origen de las innumerables conquistas de que hoy disfruta. Telégrafo, teléfono, radar, hormonas, vitaminas..., un enorme alza en el bienestar de la humanidad, ante la cual las enfermedades retroceden, los sufrimientos desaparecen o se atenúan y la vida se prolonga, pasando en lo que va de siglo a cifrarse en los sesenta y cinco años, o sea, unos veinte más de duración. Interdependencia y aclaración son los caracteres más destacados de la investigación moderna. Ambos se cumplen mediante la documentación. La vida científica es hoy internacional. Las actas de las academias, los artículos de las revistas, comunicaciones, etc., llevan a los investigadores el conocimiento de cuanto interesa a sus trabajos propios. Los resultados de la investigación de base pasan a ser aprovechados por la investigación aplicada en plazos cada vez más reducidos. Entre los descubrimientos de Ørsted, Ampère y Faraday y las primeras aplicaciones prácticas de la electricidad pasaron más de cuarenta años. Veinte o veinticinco han separado después los trabajos de H. Hertz sobre la propagación de las ondas eléctricas y su aplicación a la telegrafía sin hilos. Sólo seis años separan el descubrimiento de la fisión del uranio de la explosión de la bomba atómica.

Esta rápida marcha de los descubrimientos científicos y técnicos ha tenido y tiene una enorme importancia en el comercio, la industria y la economía de los pueblos, que han visto crecer sus exportaciones y sus riquezas, su poder y su independencia merced a ella. Pueblos como la Gran Bretaña, en el curso de los tiempos, han cedido la explotación de productos de consumo y de artesanía a la elaboración de productos de más altos vuelos y esenciales —construcción de material energético, motores de reacción, aviones, equipos industriales, etc.—, pasando de esto a la explotación de industrias más jóvenes, fundadas sobre los más recientes descubrimientos científicos —material electrónico, textiles artificiales, etc.—. De suerte que, de corresponder la mitad de sus exportaciones a los productos textiles, ha pasado a que

éstos sólo representen el 20 por 100, mientras los metalúrgicos representan el 50 por 100. Esta enorme transformación es equivalente y comparable a la primera revolución industrial. El papel que corresponde a la investigación en la defensa de la agresión militar, en la elevación de la economía y del provecho comercial, la agricultura, la medicina, la independencia de los pueblos y la libertad del hombre, no se discute hoy.

Los gobiernos elevan continuamente sus presupuestos consagrados a la investigación y el número de investigadores y fomentan la creación de industrias nuevas. Sólo los pueblos que se preocupen de ello, y según la medida en que lo logren podrán disfrutar de una vida superior y, a su vez, de emprender una investigación eficaz, pues los aparatos y utensilios del laboratorio cada día requieren mayor número de recursos económicos. A esto último obedece la creación del Consejo Europeo de Defensa, que se efectuará con la ayuda económica cooperativa de varias naciones, por lo elevado de su costo.

El hombre se halla en plena lucha por conocer las leyes del universo para ponerlas al servicio de su bienestar. Se avecina un nuevo humanismo que, bajo el dogma de la fe cristiana, y sin olvidar los principios del humanismo clásico, se funde sobre su capacidad y su situación la idea de que el hombre, entre todos los seres vivos, es el único que tiene la propiedad de adquirir un conocimiento racional del mundo que habita. Puede relacionar los fenómenos, reproducirlos y acomodarlos a condiciones que le permitan ponerlos a su servicio.

Así las cosas, el hombre de ciencia, el erudito y el técnico no hallan hoy en el bibliotecario la solución al más importante de sus problemas: la documentación. De un lado han surgido numerosos documentos auditivos y visuales aparte del libro: la radio, la televisión, la fotografía, la microfotografía, el disco de gramófono, la cinta magnetofónica, etc., etc., y de otra parte, el hombre de ciencia y el técnico no pueden hoy hacer compatible su trabajo en el seminario, o taller de trabajo científico, el laboratorio, la clínica, el puerto, la fábrica o el puente, con la lectura de los centenares de revistas de especialidad y los millares de artículos y de obras que al año salen a la luz pública. Necesitan de un personal perfectamente formado que seleccione las revistas, elija entre los

artículos publicados en ellas los que afecten a una determinada especialidad, aquella que cultive, y reúna la capacidad suficiente para hacer un extracto de cada uno a tenor de las reglas precisas y eficientes elaboradas a este objeto por las comisiones internacionales de expertos.

J. LASSO DE LA VEGA.

De la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos". Madrid, 1954.

EL FOLKLORE DE LOS NIÑOS

LOS SORTEOS EN LOS JUEGOS INFANTILES

Antes de iniciar cualquier juego, los niños suelen realizar sorteos, en forma rápida, para saber quién sale elegido "guía" o "director", o quién es el que debe "contar", como en el juego de las "escondidas", o "agacharse", como en el "rango".

Tienen para ello distintos sistemas, que vale la pena conocer. El más sencillo es el siguiente: colocados alrededor de un jugador cualquiera, éste inicia en voz alta el cómputo de los que intervienen en el partido a disputarse, comenzando por su derecha. El que sale "diez", por ejemplo, es el "mancha".

Otras veces, uno de ellos comienza a sacudir la mano derecha contando mentalmente. Cuando uno de los jugadores dice: ¡Basta!, "el que cuenta", sigue haciéndolo, pero ahora en alta voz, de izquierda a derecha, hasta terminar con la rueda de jugadores y comenzando otra vez, hasta concluir con el número ya fijado de antemano.

En ciertas ocasiones, todos avanzan el pie derecho y un jugador va pisando la punta del zapato de cada uno, hasta que llega a uno de ellos determinado por un número o una sílaba que ha ido repitiendo.

Pero el sorteo más interesante de todos, es el que realizan mediante una serie de palabras o frases, a veces sin ton ni son, y que repiten lenta o rápidamente, separando las sílabas; corresponde una a cada uno de los participantes y resulta elegido o sorteado aquel a quien corresponde la sílaba final.

Unas son breves, otras más largas. ¡Difícil resultaría conocer la fuente de todas ellas!

Es fácil reconocer en algunas su origen hispano; en otras, voces francesas. Algunas rimas son fragmentos, pies de algunas poesías más largas; otras, reminiscencias de "algo que fué", intraducible para nosotros y para ellos, pues como dice Rodolfo Senet en *Las estoglosias*: "Que se pregunte a una niña qué quiere decir con el "Una, doli, truá, / De, la, lí, menguá: / Azo, quete, colo, rete, / Una, do, li, truá", y contestará que no quiere decir nada, pero que sirve para sacar a la suerte, es decir, llena un oficio que no puede ser reemplazado con un cuarteto cualquiera, aunque sea hermosísimo. Buscar la explicación de las glosolalias por las vías de la idea, es un error; ellas no intervienen para nada, ni en forma normal ni patológica".

Ocorre lo mismo que con la música y el ballet. Hay música verdaderamente magnífica, valiosísima musicalmente hablando, pero inútil para los pasos propios de la coreografía y el ballet. Los niños pronuncian estas rimas cortando los sonidos y su valor estriba en la forma en que las dicen; lo principal está en la última palabra o sílaba, que es la que decide el sorteo; la que sale o el que sale de compañero, guía, director, etc.

Y tampoco las pronuncian tan claramente como para poder ser identificadas, por ello es que resulta difícil recogerlas, anotarlas. Lo lógico es que tienden a aglutinar las palabras, y así en la que dice:

Una-dona-tepa-catena,
Somaca-baraca-debira-birón,
Andaba la reina con cinta de oro
para el toro;

escuchamos esto:

Una-dona-tena-catena
samacabaracadebirabirón-
andaba la reina con cinta de oro-
Pareltoro.

¿Cuál es el secreto de esta otra:

En-que-te-pem-que-
du-fi-ní.
la-bí-la-bi-du-mi-ní.
em-pem-bu-tau-sis-lau?...

¿Cuál fué el idioma original? ¿Cuál el significado esotérico de estas sílabas? Nos resulta tan indescifrable como la escritura de los toloiros de la isla de Pascua.

Algunas resultan clarísimas y no sólo en nuestro idioma. Veamos esta inglesa:

The grass is green; / the rose is red; / this book es mine / Till I am dead. (La hierba es verde. La rosa es roja. Este libro es mío. Hasta que esté muerto).

O esta francesa:

Qui va a la chasse / perd sa place / Qui revient / chasse le coquin. (Quien va de caza - pierde su lugar - Quien regresa - caza al pícaro).

que nos recuerda la española:

Quien fué a Sevilla / perdió su silla / Quien fué y volvió / la recobró.

O esta catalana:

Val! manetas / pica manetas, / pícalas tú / que las tens boniques.

O esta otra que repiten alterada nuestros niños:

Una-dori, / teri, quateri, / mata la veri, / viri, virón, / con-tals bé / que dotze / hi son.

O esta italiana:

Rite, rite, San Giuvanne, / quanne muore, vaje a chianche / Rite, Rite, Santu Vite, / quanne muore, vaje o brite.

O la brasilera que dice:

Una, duna, tena catena, / Bico de pena, / solá, soladá, / gurupí, gurupá / conte bem, / que sao dez!

El tema es inacabable, interesantísimo, como todo cuanto se refiere a los niños y ofrece un filón inagotable.

Desgraciadamente son pocos los autores que han recogido este aporte folklórico infantil.

Dice Vicente T. Mendoza, en *Lírica infantil de Méjico*: "Puestos en círculo aquellos que se van a sortear, el sorteador va señalando uno por uno los sorteantes; al que toca la última sílaba, ése sale y queda libre; así hasta que sólo queda uno; ése tendrá que hacer el papel desagradable que señala el juego. Una lo-ri-té / ca-lo-ré-men-hué / calo-rete-sum-be-lete, / una lo-ri-té/. O esta otra: Un gato cayó en un plato / sus tripas hicieron pan, / arrepote pote pote, / arrepote pote pan".

Otro sorteo, según el mismo autor, es el siguiente: El director del juego se pone al frente de los niños puestos en fila, cogidos de las manos; al iniciarse el canto y ritmando con el verso, la fila completa dará tres pasos largos al frente y retrocederá a su sitio primitivo con pasitos cortos. Al decir la coplilla siguiente el director zapatea con los dos primeros versos y en seguida señala al que ha de salir al frente a repetir lo que hizo la fila toda: Al don don / de la dina, dina, danza. / Ay qué ruido, / ay qué ruido se oye en Francia. / ¡Ay qué reteplé! / ¡Ay qué rechulé! / Al don don, / que salga usted.

Ralph Steele Boggs, folklorista norteamericano, en *El folclore en los Estados Unidos de Norteamérica*, refiriéndose a este asunto dice: "Hay varias maneras empleadas por los niños, para decidir quién debe empezar un juego, o, como dicen los niños, quién debe ser "ello" (it en inglés). Cuando el ser primero es una ventaja, a menudo se resuelve con el medio sencillo de que el ser primero pertenece al que primero lo pide. Si no se resuelve así, es una práctica común escoger pajas, ganando el que escoja la más corta, lanzar una moneda al aire, o escoger entre dos manos cuál tiene una piedrecita. La manera más interesante de decidir, sin embargo, es el empleo de la rima de contar. Un niño cuenta con el dedo índice, señalando a otro del grupo con cada palabra o sílaba que pronuncia. El niño señalado con la última queda fuera. Así sigue la repetición de la rima, excluyéndolos uno por uno, hasta que queda solamente uno, que es el elegido para empezar el juego. Las rimas de contar se hallan en la mayor parte del mundo, y todas tienen en común la peculiaridad de que se halla en ellas muy poco sentido, siendo más bien meramente una jerga de sonidos sin significación. Este hecho, sin embargo, no ha impedido que hayan sobrevenido tradicionalmente por mucho tiempo y aun en formas bastante estables. La identidad entre la práctica corriente norteamericana y la inglesa establece una tradición de tres siglos para algunas de estas rimas, puesto que habrán tenido uso común al tiempo de la colonización del Nuevo Mundo. Podemos suponer que algunas de estas rimas, hoy sin sentido, en su origen lo tuvieron, siendo una imitación o parodia de alguna lista de santos, algún verso en latín, o algún encanto u oración. Pero lo único que podemos decir con certeza es que ahora no son más que una jerga de sonidos, y su significado, donde parece

existir, puede haber sido una interpretación para aclarar su sentido.

A pesar de la antigüedad de algunas de estas fórmulas la variación en ellas es tan grande que frases totalmente diferentes en sonido y sentido aparente pueden, en cualquier momento, desarrollarse en ellas. Tal variación se efectúa en la rima y aliteración. Un cambio de entonación en un sonido trae a menudo la introducción de todo un nuevo verso que corresponde a la misma y en esta forma puede intercalarse un fragmento de una canción de cuna, que cambia enteramente el carácter del verso. El deseo de crear una aliteración original también cambia las letras iniciales de palabras, según el capricho del momento. Del hecho que, ni la rima ni la aliteración, puede servir de guía para las relaciones de estas fórmulas, ya que parecen haber sido arbitrariamente introducidas, podemos deducir que el prototipo no tuvo ni el uno ni el otro de estos dos rasgos característicos. Esta opinión es confirmada por las formas europeas en las cuales aparecen como sencillas listas de palabras no relacionadas que poseen alguna semejanza de sonoridad. El ritmo es la condición más permanente en ellas. Es probable que la forma original de estas rimas fué la de una lista relativamente breve de palabras de dos o tres sílabas. El hecho de que los números se presentan en las series continuamente, indica que pueden haberse originado en simples enumeraciones". A continuación, el mismo autor, transcribe algunas de esas rimas para los sorteos, en inglés y español, dos de las cuales copiamos:

Apples and oranges, two for a penny,
takes a good scholar to count as many.
O. U. T.

Out goes she.

Manzanas y naranjas, dos por un centavo,
sólo un buen escolar puede contar tantos.
F-U-E-R-A.

Ella queda fuera.

Eeny, meeny, miney, moe,
catch a nigger by his toe,
if he hollers, let him go,
eeny, meeny, miney, moe.

Ini, mini, maini, mo,
coge un negro por el dedo del pie,
si grita, suéltalo,
ini, mini, maini, mo.

Fuere cual fuese su origen, esas palabras mágicas de los niños no envejecen: parecen aladas, vuelan sobre el tiempo nuestro y las dicen los niños de hoy, las repetirán los de mañana, y el eco de las mismas del pasado, son como el retorno milagroso de sus voces inocentes.

FERNANDO HUGO CASULLO.

LOS INSECTOS EN LA SUPERSTICIÓN DE LOS PUEBLOS PRIMITIVOS

Para los pueblos primitivos, de mentalidad ingenua y sencilla, el mundo está gobernado por seres dotados de inteligencia y voluntad y por energías abstractas en las que se confunden y vislumbran las leyes de la naturaleza. El culto de los seres, personas o animales, constituye la religión y el de las fuerzas de la naturaleza, la magia.

Para evitar que esas fuerzas lo dominen, el hombre primitivo se vale de ritos mágicos, exorcismos y conjuros, que en un momento dado van a proporcionarle el logro de sus fines; cree asimismo que tanto sus semejantes como los animales, a los que también les asigna un alma, poseen propiedades que pueden resultarles útiles o funestas y por medio de este conjunto de ceremonias mágicas trata de alejar éstas o beneficiarse con aquéllas.

Si bien es cierto que las supersticiones han tenido origen en otros tiempos, han sido heredadas por varias generaciones y así pasando de una en otra han llegado a nuestros días. Existen pueblos en los que actualmente este tipo de creencias, forman parte de su vida diaria.

Son diversos los animales que intervienen en la realización de estos ritos, inclusive los insectos. Describiremos en forma sucinta, algunas de estas curiosas supersticiones, comenzando por los bochuanas, indígenas del África, pueblo eminentemente guerrero, los que llevaban como amuleto cuando salían a librar sus batallas, un insecto mutilado pero vivo, pues pensaban que si conservaba la vida a pesar de su mutilación, los protegería librándolos de la muerte.

Entre los finlandeses existe la creencia de que la miel de la abeja tiene poderes curativos, especialmente en los casos de quemaduras producidas por el fuego o hierros candentes.

Por esto dedican a este insecto una curiosa ceremonia. Por medio de rogativas le imploran que vuele por encima del Sol, la Luna y la Osa Mayor, hasta llegar a la casa de Dios Creador, quien le proporcionará la miel con que curarán sus dolencias.

Los nativos de Marruecos, aprovechando las cualidades mágicas que ellos atribuyen a ciertos animales, a los enfermos y heridos les dan de comer carne de león y gran cantidad de hormigas vivas, dieta que les confiere valor y fortaleza; tal conducta puede ser explicada por la creencia que sustentan de que ingiriendo sustancia material de determinados animales ésta les transmitirá sus cualidades físicas.

Basándose en esta misma creencia, los nativos de Java crían unos pequeños gusanos que en determinados momentos emiten sonidos estridentes, por esto, cuando una cantante ha enronquecido en el ejercicio de su profesión, le obligan comer unas cuantas de estas larvas, pensando que así recobrará la voz y podrá después de ingerirlas estar en condiciones de cantar nuevamente con la misma energía de antes.

Hasta aquí hemos visto las ceremonias de las que se vale el hombre de mentalidad primitiva, para captar las propiedades que les son beneficiosas. Pasemos a aquellas con las que trata de alejar todo lo que su mente concibe como pernicioso; para esto realizan la llamadas "ceremonias de purificación".

Así por ejemplo el salvaje imagina que el trato con los extranjeros entraña un peligro, porque creen que éstos practican artes negras y brujerías a las que el salvaje profesa un miedo intenso. Por ello, antes de permitir la entrada de un extranjero y sobre todo de aceptar su libre convivencia, lo someten a esta clase de ceremonias, con el objeto de desposeerlo de sus poderes mágicos o por lo menos de contrarrestar la influencia perniciosa que suponen emana de los mismos.

Por esta misma causa los indios Apealai de América del Sur, al llegar un extranjero, le ofrecen sobre unas hojas de palmera, un cierto número de hormigas negras, cuya mordedura es muy dolorosa, luego la gente del pueblo obliga al visitante, gritando frenéticamente, a someterse a la mordedura de estos insectos, especialmente en los brazos, piernas y muslos. Si el extranjero se aplica las hormigas con demasiada suavidad, por medio de una estridente algarabía le obligan nuevamente a ser mordido con mayor intensidad. No cejan en su empeño hasta que la piel aparece completamente irritada. Cumplida esta ceremonia, consideran que el trato con el ex-

tranjero no podrá ya traerles consecuencias funestas, pues la mordedura de las hormigas le habría extraído los malos espíritus.

Ceremonia semejante es cumplida por los nativos de las Guayanas Británicas, en ocasión de alcanzar la pubertad las jóvenes de la tribu. En esta circunstancia las colocan en una hamaca y las izan hasta lo alto de la choza, donde las dejan durante un mes obligándolas a un riguroso ayuno, terminado el cual las hacen morder por grandes hormigas negras, quedando después de este procedimiento purificadas y en condiciones de reanudar su vida en común.

En la sociedad salvaje, el cazador y pescador deben también someterse a estas ceremonias y guardar reglas de abstinencia para que la empresa resulte más fructífera. El cazador o pescador cree así conjurar los espíritus de los animales, pues suponiendo que tienen un alma semejante a la suya, los tratan a su semejanza. Así, por ejemplo, los indígenas de Mirzpur (India) cuando llevan a sus casas la semilla del gusano de seda, la someten a una curiosa ceremonia; el jefe de la tribu coloca los huevecillos del gusano en un sitio que ha sido cuidadosamente untado con estiércol de vaca sagrada para atraer la buena suerte. Desde ese momento el dueño de casa está bajo el influjo de ciertos actos que son tabú y hace el voto a su diosa de que si los gusanos nacen debidamente le hará una ofrenda. Cuando se abren los capullos y nacen las mariposas las mujeres de la familia se reúnen y cantan la misma canción de cuna con que arrullan a sus hijos recién nacidos. Cuando se aparean las mariposas, celebran una fiesta como cuando se efectúa un matrimonio entre personas; estos indígenas conceden a los gusanos de seda el mismo trato que a los seres humanos.

Entre los insectos existen desde épocas remotas los que constituyen las plagas, tan temidas por los campesinos y pastores a causa de los estragos que producen en sus campos y ganados. Es precisamente con este tipo de animales con los que el campesino primitivo considera necesario establecer una conciliación, por medio de ritos y ceremonias. Para librarse de estos enemigos destructores, el labrador ha recurrido a supersticiosas estratagemas. En algunos casos trata de destruir al insecto, en otros busca ingenuamente el medio de persuadirlo a fin de que no devaste sus sembrados. Los campesinos estonios, que temen enormemente al gorgojo, insecto muy dañino, a fin de evitar los desastres que puedan producir, creen que confiriéndole un nombre distinguido lo hala-

gan. Por la misma razón si alguien trata de matarlo lo aconsejan: "Déjalo, cuanto más daño le hagas, más daño nos hará a nosotros". Aun hay quien pone al insecto debajo de una piedra, resguardándolo de la intemperie y le ofrece granos, pensando que así le apacigua y que le causará menos molestias.

Entre los campesinos de Transilvania, con la idea de resguardar el grano de avena del ataque de la polilla, esparcen tres puñados de este cereal en diferentes direcciones; habiendo hecho esta ofrenda a la plaga sienten la seguridad de que las polillas se abstendrán de tocar la mies. En otros casos en la creencia de asegurar la cosecha del ataque de los pájaros e insectos, después que han terminado de sembrar, recorren nuevamente el campo imitando el movimiento de la siembra, pero con las manos vacías; según lo van haciendo dicen: "Esto lo siembro para los animales, esto otro para todo esto que vuela y que se arrastra, que camina y que está quedo, que salta y que brinca, en nombre sea de Dios".

Cuando los campesinos de cierta región de Alemania desean librar sus huertos de orugas, la dueña de la finca o cualquier otra mujer de la familia, después de ponerse el sol, o a media noche, da la vuelta a todo el huerto arrastrando una escoba tras de sí, sin mirar hacia atrás al tiempo que recita: "Buenas noches, Señora Oruga, usted se irá con su marido a la Iglesia" y deja el portillo abierto pensando que a la noche las orugas se irán.

Entre los dayacks, pueblo indígena del Sur de Africa, cuando los campos están infestados de insectos, toman un ejemplar y lo colocan en una embarcación hecha de corteza de árbol, bien abarrotada de provisiones y la arrojan río abajo, si esto no aleja la plaga, recurren a lo que consideran un medio más efectivo para lograr el mismo fin. Hacen con barro un caimán de tamaño natural y lo colocan en el campo donde le ofrecen comida, aguardiente de arroz, sacrifican ante él una gallina y un cerdo; persuadido por estas atenciones el feroz animal devora los insectos que destruyen la mies.

Sabido es que entre las plagas que atacan los sembradíos, la langosta desde los tiempos más remotos ha ocupado la atención de los agricultores por ser esta plaga una de las más temibles. En Arabia es creencia arraigada, que el "ejército volador" como le llaman, se ahuyenta escribiendo en las alas de cuatro insectos unos versículos del Corán. En Albania cuando las viñas son atacadas por el acridio, se reúnen unas cuantas mujeres con el cabello desgredado y tomando algunos insectos marchan con ellos en procesión fúnebre hacia una

fuelle o corriente de agua donde los arrojan, al mismo tiempo que van cantando desconsoladas; la endecha se eleva y repite y así celebrando de este modo las exequias de unas cuantas alimañas, suponen caerá la muerte sobre todas las demás. Se podría continuar relatando un sinnúmero de supersticiones en las que intervienen los insectos, pero con estas pocas es posible darse una clara idea del papel preponderante que desempeñan en la vida de los pueblos primitivos.

JULIA A. VIDAL SARMIENTO.

ESCRIBIR Y SER

Escribir no es sólo una necesidad y una vocación, exige una estudiosa atención continua, renovada en su diversidad, incansable en sus tentativas, transformante en la identidad del arte con la expresión casi nunca del todo conseguida; exige con el gozo creador los límites del esfuerzo, la vigilancia de la conciencia. El escritor, aceptado este nombre en el rigor de su función trascendente, comprende la diversidad de las inclinaciones, ideas, sentimientos, formación y saber de quien se consagra intensamente a las letras y las abarca y enriquece en la capacidad que no elude las dificultades. El escritor dispone de la eficacia de la palabra como expresión de la realidad que ha visto, sentido, meditado, descubierto, de su lucidez mental, de su interioridad reflexiva. Es un ser libre, en distintos grados de su indagación y del arte. Debemos leerlo, releerlo, apreciarlo en el ámbito propio que sugiere, en lo que incorpora con su obra a nuestra sensibilidad y a nuestro entendimiento, en su validez en la conciencia, en la meditación y en el placer que nos comunica. Llega a ser una parte de nosotros, ya sea en un período de nuestra vida o en nuestra existencia entera. Si aprobamos el relativismo de Protagoras, en que el hombre es la medida de las cosas, cada uno aprecia al escritor en la medida de sí mismo. Vamos cambiando en algunas predilecciones según el alcance individual y el rigor del juicio. Responder a la pregunta acerca de "la responsabilidad de los escritores en el momento actual argentino", equivale también a acentuar "la responsabilidad de los lectores", porque el lector no es un ser pasivo e indiferente; escritor y lector se complementan y forman una dualidad

indivisible en la actividad pensante. La influencia del escritor tiene su origen en la excelencia de su arte que está transubstanciada con su persona.

El fin que el verdadero escritor se propone es la obra que crea. No podrá apartarlo de esa creación una conveniencia adventicia. Dedicar su vida, su trabajo incesante y ascendente, la profundización psicológica de su estilo a conseguir con la expresión sensible del idioma tan magno designio. Eso no quiere decir que el escritor permanezca únicamente entregado a lo fundamental de su labor, a su actividad creadora de donde irradian sus sentimientos e ideas, a la educación por el arte que descubre los valores permanentes y transforma íntimamente el hombre llevándolo a las normas ejemplares, a la purificación estética; el escritor educa también con su conducta, con su fervor, con su voz y su silencio, con la altitud de su nobleza, con la participación en las opiniones, con su actuación pública o su retiro, con las conferencias, artículos, ensayos, en fin, con cuanto mantiene aguda y ágil la actividad del espíritu, la solidaridad con los elementos luminosos. El poeta, el pensador, el artífice de la palabra, nunca se entregará sin reducirse a un partidismo estrecho que será fatalmente servidumbre, a una orientación ya establecida que anule su reflexión sincera. Los grandes siglos de las letras, del arte y de la actividad científica pura, fueron épocas de libertad, de diversidad de temperamentos y de escuelas, de opiniones y de técnicas esenciales. Los libros de ciencia escritos por investigadores insignes ofrecen hoy a nuestro asombro el espectáculo de la vida, del espacio, la oculta vibración de la materia y el misterio de los seres. El escritor en su ámbito intelectual y filosófico no podrá substraerse a esta poesía visible a quien la indaga, la intuye o la penetra; no puede encerrarse en el antro de pasiones que lo oscurecen y lo apartan de la noción de la verdad universalmente descubierta. Existen muchos aspectos y muchos grados en la finalidad y en la obra de los escritores. Antiguos o modernos nos enseñan a ver, a sentir, a admirar, a confiar en lo bello; nos acercan a la inexhausta fecundidad del pensamiento, a la sabiduría generosa. Necesitamos la consagración feliz, laboriosa y heroica del escritor y del sabio.

A. M.

CRÓNICA

LOS CURSOS DE VACACIONES EN EL URUGUAY

Enero de 1956.

Los Cursos de Vacaciones del Instituto de Estudios Superiores, presididos por el distinguido profesor uruguayo Eduardo de Salterain y Herrera, congregaron en Montevideo, un puñado de juventud de América.

Los ámbitos de la Escuela "República Argentina", dualidad simbólica en el reencuentro rioplatense, resonaron con las cadencias emocionales de esos anónimos embajadores latinoamericanos, ávidos de brindar su realidad interior y de recoger el impulso de la hermandad continental que los había convocado.

La revelación de América fué en nosotros prodigio de amistad, intercambio de panoramas físicos y de corrientes espirituales, autocríticas vehementes y juicios serenos, que trazaron la plenitud del continente desde Méjico a Tierra del Fuego.

Y más allá de las horas áulicas, vibrantes aún las voces de los maestros americanos, al conjuro de las arenas doradas y de las manos tibias y acogedoras, afirmamos la conciencia de nuestra verdad geográfica y humana en la armonía cósmica de América.

Las clases magistrales se diluyen en el tiempo. Pero los Cursos de Vacaciones de Montevideo gestaron en nosotros un sentimiento americano, hecho de descubrimientos y de identificaciones, que es mensaje candente, se hace tea de fe solidaria, abraza el alma de la juventud de América y se difunde en un presagio de comprensión y de amor.

NÉLIDA C. MARCHI.

SOBRE LA POSIBILIDAD DE CONSTRUCCIÓN DE UNA PRESA
SUMERGIDA CON RECINTO DE RESERVA SUBTERRÁNEA
EN LA CUENCA DEL ARROYO DEL BARCO
(MAR DEL PLATA) PROVINCIA
DE BUENOS AIRES

I. OBJETIVOS. — Desde hace mucho tiempo la dotación de agua a la hermosa y pujante ciudad balnearia ha sido motivo de honda preocupación por la creciente demanda de su extraordinario desarrollo, y sobre todo en la época en que se produce el asalto humano a sus playas.

Los estudios y trabajos hechos por dependencias técnicas del Estado y por empresas particulares en la exploración y explotación del agua subterránea, que implica el alumbramiento, bombeo y conducción por medio de instalaciones siempre muy costosas, tanto por su ejecución como por su mantenimiento, pueden clasificarse como acertados y muy importantes.

Estas notas, no obstante, dan cuenta de una nueva forma de obtener la dotación del recurso hídrico en una zona que por estar dentro del ejido de la ciudad, como es el Pueblo de los Pescadores y en las adyacencias del Puerto, consigna de sí una orientación económica en sus objetivos.

II. ANTECEDENTES. — Con motivo de estudios geológicos que nos encomendara años atrás la Sociedad "Termas Huincó", ubicada en la cuenca del arroyo del Barco cuyo resultado, dicho sea de paso, dió por tierra con un proyecto de formal explotación del agua subterránea de muy particulares características hidrológicas, tanto por su procedencia como por sus propiedades físico químicas, se concibió una solución adecuada para vigorizar la obtención del recurso hídrico para la ciudad, proyecto éste que según recientes exploraciones hechas en sus alrededores, ha recibido mayor base para su realización.

En la República Argentina no se ha realizado hasta el presente ninguna obra del tipo que se proyecta, que significa el aprovechamiento de condiciones hidrogeológicas favorables que permitirán el endicamiento, conservación y explotación del agua subterránea.

Podrían citarse las siguientes obras que en el país aprovechan de preferencia agua subálvea, pero sin provocar em-

balse subterráneo: Dique de Chorrillos en San Luis, Dique aflorador del Valle Fértil en San Juan, las galerías filtrantes en el río de Los Sauces con que se dota de agua potable a la ciudad de La Rioja y los "retarás" en la playa seca del río San Blas de los Sauces, en Alpasinche, provincia de La Rioja.

En efecto, todos los diques proyectados y construídos hasta ahora en el país, grandes o chicos, aprovechan además del escurrimiento superficial de una cuenca imbrífera, el agua subterránea de los lugares de presa y del recinto de embalse funcionando el dique para formar el almacenamiento del agua en el pantano con la **consecuente ineludible formación de un lago**. También es frecuente que los estudios sobre la capacidad del embalse se haga limitándose a las dimensiones topográficas del cuenco y salvo contadas excepciones no se han investigado ni la capacidad del subsuelo ni las características de la superficie freática.

En otros casos el cierre a través de la corriente subterránea tiene las funciones de **dique aflorador** o de galería filtrante. (Me refiero sobre todo a los diques instalados en las zonas de climas áridos en donde el **escombro** de la zona detrítica promueve por una parte el agrandamiento de la superficie freática, donde la insolación y preferentemente el barrido del viento facilitan pérdidas muy considerables), de donde se derivan los gastos necesarios, pero nunca acondicionada la obra a un funcionamiento totalmente subterráneo como es el caso que nos ocupa y donde no solamente se logra un juego hidrológico armónico con el **endicamiento**, la **conservación** y **explotación** del líquido, sino que se obtienen otras ventajas en la economía.

Obsérvese que desaparecen casi totalmente los factores de fuga y mermas que provocan la **infiltración** y la **evaporación**, tan frecuentes y grandes en las obras de superficie.

Así en la obra marplatense, se trataría de provocar el **endicamiento** del agua subterránea que fuga por el fondo de un **valle sepultado** y también utilizar distintos niveles hidrológicos, **acuíferos confinados**, provocando su total inundación, sin que ello afecte a la **superficie freática**.

III. OBSERVACIONES Y CONCLUSIONES. — 1º El "cuenco" del Arroyo del Barco y en su relación geológico-hidrológica con la cuenca del arroyo de Las Chacras, ha sido originado por erosión y la tranquila posición de la formación

infrapaleozoica, compuesta de areniscas y cuarcitas que la circundan y forman su fondo, descartan toda posibilidad de la existencia de fallas y fracturas en el subsuelo, tanto en el recinto como en el lugar de asentamiento de la presa, que comprometan su estabilidad; no obstante es imprescindible realizar estudios que lo comprueben.

2º El espesor del pedestal rocoso que sustenta y limita el "cuenco" del Arroyo del Barco, que tiene un espesor de unos 500 metros por debajo del nivel del mar, dato comprobado por una perforación con toma de testigos a rotación al 100 por 100 que se realizó en el Faro de Punta Mogotes, en el año 1931.

3º Si es verdad que las rocas aflorantes areniscas y cuarcitas, presentan marcada estratificación, fisuras y diaclasas, el componente petrográfico y su apretada estructura y perfecta horizontalidad libres de cavidades y otras rocas incluidas, aseguran la completa impermeabilidad, pues no obstante aflorar el agua subterránea en manantiales y existir también napas de agua bajo presión artesiana en el interior del "cuenco", no se observan fugas a través del umbral rocoso de la parte oriental, lo que podría ser favorecido por las labores de canteras que cortan el terreno por debajo del nivel de la superficie freática del "cuenco".

4º El componente geológico y petrográfico-mineralógico de las capas terciarias y cuaternarias que rellenan el "cuenco" y que en parte también afloran en el frente de la costa marítima, descartan en absoluto la fugibilidad del agua a embalsarse y al conservarse en el subsuelo, se salinice.

Se trata de repetidas capas de arenas, arcillas, areniscas y rodados, depósitos de cuencas, donde se originaron lagos y lagunas con o sin drenaje y donde nunca, no obstante su marcada posición hundida con respecto al nivel del mar y su relativa cercanía éste nunca pudo penetrar.

5º Practicado el registro geofísico y las perforaciones que permitan fijar la posición del subsuelo rocoso y también la fuga del agua subálvea en el valle sepultado del evacuador la mínima real capacidad del "cuenco", estimada es de unos quinientos millones de metros cúbicos, la construcción de la obra de endicamiento cuenta con materiales de construcción adecuados al pie de la misma.

Valgan, pues, estas notas geohidrológicas como muestra de inquietud por la investigación de la naturaleza y en el plan-

teamiento de las soluciones de los múltiples problemas argentinos que pueden y deben enfocarse desde la cátedra de Geografía Económica y Política Argentina.

AUGUSTO TAPIA.

EL RETORNO SIN GLORIA

Al ejército que combatió en la batalla de "El Tala", se le vió sobrepasar los límites de la valentía. Eran dioses homéricos más que soldados, de manera que combatiendo se cubrieron de heroicidad. Fué tremenda la batalla, pero el tesón, la pujanza y la bravura tienen reservado su premio: la posteridad. Tras el triunfo conquistado llegó el reposo y con el sosiego la disposición para el canto. Entonces, en ágil música, en vibrantes voces, y entre sonidos acompasados del parche o de cuerdas de guitarra, salía a los aires y se expandía, dándole deleite a los sentidos y al entendimiento, el cielito, que encerraba en sus versos el alma de la victoria reciente:

"Este combate de "El Tala"
Cielo y cielito, que vibre...
Si el esclavo está con Rosas,
Con Lavalle, el hombre libre.
"Lavalle viene cortando,
Cielito, de norte a sud.
Viene cortando cadenas,
Cadenas de esclavitud".

El poder mágico de nuestro canto popular, intencionado y vivaz, fué siempre el estímulo del soldado nativo, del cual necesitó como de las mismas armas: lo digan si no las Invasiones Inglesas; lo digan los portugueses en la Banda Oriental del Uruguay; y lo digan las jornadas sanmartinianas, con los tremolantes y viriles cielitos del benemérito patriota Bartolomé Hidalgo. Ahora el ejército libertador, con el júbilo bullicioso de la última conquista bélica, pasea su algarazas por las polvorientas calles de Diamante y por sus quietos alrededores. Marchan bajando camino del río. El General triunfante don Juan Lavalle, contempla desde la empinada ribera, el dilatado embarco de las tropas, y al terminarse, ocupa el puesto de

Comando y al frente de los suyos cruza el crecido Paraná. San Pedro alzado en las neblinas le hace pisar tierra firme la mañana del día 5 de julio de 1840.

La empresa a que se somete el General, reclama urgente cumplimiento. Cualquier dilación puede tener adversa suerte para la estratagema bélica concebida. Por eso llevan alas y van en vuelo los caballos que pasan de pueblo en pueblo atravesando las fecundas praderas de Buenos Aires. San Pedro, Arrecifes, Areco, Villa Mercedes, Luján, Merlo... itinerario del heroísmo que alcanza el temple sereno y audaz de la espada. Al detenerse ya están a las puertas de la ciudad y ya acampados a orillas del río, junto a los campos del Puente de Márquez. No hay más que premura en el menester a que cada uno se encuentra obligado, y en la media luz del anochecer, la tropa, a quien urge los destinos libérrimos de la patria, ha extremado la diligencia y ha dado término al pulido de los cañones de fusiles y tercerolas, al afianzamiento de los arreos y al filo de los sables. Observan la caballada como obligación dilecta y final. Hombres y bestias han de batirse en un mismo plano de audacia y coraje. El símbolo del centauro tiene su expresión cabal en la batalla. Bien lo sabe, como ningún otro, el soldado criollo.

Un hombre en desasosiego, subordinado del General, se aparta del campamento y ambula solitario por la ribera. Su pensamiento hecho voz, sirve de contracanto a la canción del agua que se bate en las orillas de cortaderas y juncos. El caminante que en la noche sigue el curso del río es el poeta soldado don Pedro Echagüe. Soñador meditativo, para él es la soledad y para él los frutos de la soledad, que tanto aportan, y tanto le dicen a su intelecto. En esos instantes, de lírico apartamiento, es cuando la rosa espléndida de su imaginación se abre iluminada.

Vive la tremenda inquietud del mañana. Se halla en vísperas de que comience la batalla que para su anhelo ha de culminar con el restablecimiento del orden, de los derechos, de la ley y de la libertad para los hombres de la Argentina. ¡Basta de destierros! ¡Basta de persecuciones! ¡Basta de saqueos! ¡Basta de crímenes! En la agitación, en sus ansias de libertad, surgen los pensamientos bélicos y delinea un plan guerrero. Se afirma en una estrategia militar propia, la somete a la realidad y cree estarla columbrando. La fantasía lo lleva al triunfo total. Pone frente de sí a los parciales, los arenga y les advierte que no existe lucha más sagrada y

santa que aquella en que los pueblos se baten por derribar a un tirano. La tiranía es la mano intrusa en el corazón de un pueblo: lo estruja, lo postra y lo domina.

Luego, con voz de mando, cuyo acento viril conocen varias latitudes, los lanza contra el figurado enemigo, al que sitúa sobre la ribera del naciente. Si acaso vacilan frente a la turba de esclavos y parecen temerle, parte en su protección y, nuevo Aquiles, con fulmínea espada, limpia el campo de adversarios.

La soledad de la noche cuadra para enhebrar sus sueños y para articular sus planes de combate.

En el campamento, el sueño acaba de cortar a flor de labios la última vidala echada al viento con la voz cansina y quejumbrosa de un hombre del Norte. Y con la postrera brasa de los fogones se pone término al bullicio de la soldadesca. Negro y compacto, el campamento tiene por vigías las altas estrellas y el Puente de Márquez. En el sosiego de la noche estrellada y en la paz del ámbito inmenso, descansan los hombres de la penosa marcha y las cabalgaduras recuperan las fuerzas que muy luego volverán a serles exigidas en el combate inminente.

Don Pedro Echagüe, en esta ocasión, no escucha el canto de las aguas ni entabla el acostumbrado diálogo del poeta con ellas. En vano la luna, con su teoría de estrellas, se ha desnudado para sumergirse en las aguas del río. Bien poco o nada dice todo ello a la meditación del soldado. Sus oídos se cierran hasta para la clara música del grillo. Pero un gozo le va remozando el corazón hasta ganarlo a sus meditaciones. Una figura, la pureza y la abnegación, se va perfilando en sus recuerdos. Es la madre cuya imagen le acompaña desde años en su destierro, y cuya voz distante escuchará dentro de pocas horas con amoroso deleite. El recuerdo de la madre lo está envolviendo en su ternura y en su melancolía. Piensa en los años transcurridos. ¿Cuántos han pasado, desde que por designio de su ideal, debió separarse de ella? Y piensa cómo pudo dejarla entonces.

Linajudamente republicano fué su padre, un patricio de Mayo, quien sostuvo la Emancipación Americana con su credo político y su espada. El joven Echagüe, nacido en el hogar de este patriota, libérrimo por excelencia, recibió educación democrática y fué moldeado su espíritu en el yunque de la rebeldía, de manera que el sometimiento y la tiranía tuvieron en él a un opositor sin transigencias.

Al no desmentir la tradición democrática de sus mayores y mantenerlas con indeclinable altivez, se encontró resueltamente enfrentado con la tiranía. Le prodigaron muy estrecha vigilancia. Sus pasos eran seguidos y controlada toda su acción de ciudadano. ¿Qué persona no sometida y no entregada al régimen de opresión, no padecía la misma molestia? Sus palabras circularon en la delación y el pregón siniestro de la tiranía paseó su nombre por las calles de Buenos Aires y las abigarradas pulperías federales. En la Escuela de Medicina le previno el profesor de Anatomía: "¿Qué haces aquí...? ¡Busca la noche, escóndete en su negrura, y huye! ¿No sabes que han de matarte... que tu nombre se pregona?".

Debió salir. Sentía la humillación escocerle la carne y quemarle los sentidos, por aquello de que un déspota tuviera prietos bajo su bota los derechos de libertad sagrados para el ciudadano. Hasta el eco de sus pasos se volvía para decirle: "¡Te matarán!".

Abandonó de noche la casa, la ciudad. Al despedirse de su madre la escena fué patética. Ahora, junto al río, en vísperas de la batalla, vuelve a su recuerdo el razonamiento angustiado de la madre: "¿Pero a dónde vas, hijo, a qué destierro? ¡Si no eres más que un niño! ¿A dónde llevas tu vida y en dónde dejas la mía?"

Hubo que partir. Esquivando patrullas mazorqueras, sorteando serenos y salvando calles siniestras, llegó al Río de La Plata por la explanada del bajo. De nuevo está viendo la falda que lo sacó de Buenos Aires. ¡Amarga noche de desolación! Al recordar el destierro se le torna en lágrimas la amargura. Se ve en la embarcación que lo lleva a la costa uruguaya. Mira desde la popa del barco cómo se despega de la ciudad que tanto quiere. El viento furioso muerde las aguas empujadas y las encresta y anarquiza. El viento ululante se hunde en la vela que sirve de pulmón al barco.

Después, el río que pasa crecido le va entreteniéndolo con su rumor de marejada y lo saca de tanto pensamiento que lo atribula. Las aguas se baten con los vegetales de las riberas, con los macizos de juncos y sagitarias y con las ramas hundidas de los sauces.

Las guardias velan atentas. Sobre el campamento no viven más que el silencio y la oscuridad. Espesas neblinas suben de la humedad de la tierra. El aire se vuelve opaco. Las guardias que velan de pronto se alarman porque el silencio se ha hecho sonoro. Forcejeando por salir de entre las ne-

blinas se oye el seco galopar de un caballo. El ruido de los cascos va horadando la cerrazón. Las guardias aguzan el oído... Un caballo galopa por el camino real, que de Morón conduce al Puente de Márquez. En tanto llega el desconocido jinete, seis soldados del General, armados de lanza y terceroles, montan y parten a su encuentro.

El jinete puso la alarma en el campamento. Ya no se escuchaba nada más que la palabra intranquila y azorada. Revuela por el campamento la mariposa negra de la conjetura. El silencio pesa como el plomo; duele e intranquiliza. Los segundos se agrandan como horas. El sueño, paloma medrosa, huye de la gente.

De pronto se escucha la fuga, es clara y rotunda. Llena la noche un repiqueteo estridente de cascos en la arena dura. Después es más hondo el silencio y más prieta la soledad. En el campamento pone un muro el desasosiego a las palabras. Los corazones se desviven en el sobresalto y en la ansiedad. Quisieran ser ya poseedores de las noticias del perseguido. Pero no están lejos las voces de los soldados ni el ruido de los arreos y se escuchan muy cerca las pisadas de los caballos. Resuena el maderamen del puente al paso de los soldados con el cautivo.

Voces de entusiasmo vuelan en torno del General. El General Lavalle recibe las voces anunciadoras conmovido. Los oficiales, gozosos, le anuncian: "¡General, hemos capturado un chasqui del tirano!...".

El General muestra inconfundibles ansias por conocer ya qué dicen los papeles que le entrega y se le agita la respiración y se le torna sonora.

Suenan los yesqueros y se encienden las bujías de cebo dorado. Entonces el General lee y relee... Ahora tiene torpe la respiración y agitado el corazón. Se le demuda el rostro y muestra el gesto deprimido.

Un presagio de mala nueva ahonda el mutismo en el campamento.

El General don Juan Lavalle asegura a su gente fiel:

—¡Es necesario que dé marcha atrás!... ¡Estoy corriendo el riesgo de una derrota... Contra este avance que hubiera puesto la tiranía en el filo de mi espada, ha caído muy mala estrella!... —Las caras de los hombres de la oficialidad se ensombrecen, los gestos son trágicos e inquietan conocer qué motivo terrible lo determina. El General les confiesa: —¡Los franceses han pactado con el tirano!

Y no dijo más. Un viento glacial hiela la voluntad viril de la tropa.

Con el alba partía el ejército libertador. En el Puente de Márquez, sin voz para las palabras, metidos en una tragedia común, y mirando correr y bajar las aguas crecidas, se hallan el General don Juan Lavalle y su dilecto don Pedro Echagüe. Un sol limpio y vigoroso diluye las neblinas que fueron prietas en la noche. Los campos de pastos feraces recobran el verdor y, el cielo de un azulado profundo, es armonioso hasta en el fondo del río. Ha de comenzar un diálogo: el diálogo de los titanes. Don Pedro Echagüe, señala desolado la región del Este y dice su angustia:

—¡General... allá tengo a mi madre! Toda la noche me cantó de gozo el corazón porque iba a verla. ¡Cuántos años que la ausencia me clava sus puñales y me lleva al martirio! ¡No tuve otros sueños que la victoria próxima y la presencia de mi madre! ¡Mi madre estuvo a mi lado en la noche sin dejarme! ¡Yo la veía en el umbral de la casa paterna y le escuché muchas veces, lo mismo que me decía en las cartas: "¡Hijo, hijo, en ausencia tuya y en este umbral, la mazorca sangrienta cortó la cabeza venerable de tu padre!"

El General tenía los ojos puestos en el agua que pasaba azotando los vegetales. Se encontraba abismado. Don Pedro Echagüe, dándole firmeza a sus palabras, volvió a decir:

—¡General, no regresemos, que nos aguarda el combate del triunfo!

Más que el jefe le habla el amigo. Le responde y es una congoja:

—¿Qué importa un tiempo más para quien lleva en el destierro y alzado en luchas la flor de su vida? ¡Pronto retornaremos y hemos de hacer que la victoria sea nuestra!

Un abrazo sin palabras confundió a ambos soldados en derrota.

Montaron y partieron. Don Pedro Echagüe detuvo la cabalgadura y la hizo girar. Miraba la lejanía del naciente. La ausencia de madre se agarraba en esos momentos más que nunca de su sentimiento. Con los ojos fijos en el lugar por donde sale el sol y parándose en los estribos para lograr mayor distancia, pronunció como si fuera una oración: "¡Madre mía, cómo me duele este regreso, cómo me duele no verte!"

Solo, rezagado, paso a paso en su cabalgadura, vuelve don Pedro Echagüe. El soldado en derrota se aleja del campo donde su heroísmo no pudo jugar la carta de su bravura. La disciplina le ha impuesto este sacrificio, grande entre todos

los de la guerra: rehuir la lucha anhelada por tanto tiempo. Debe al General don Juan Lavalle el acatamiento del subordinado y del amigo. Amargo es este retorno sin gloria. Y más todavía porque no se le ha permitido echar sobre la llanura de Caseros la medida de su valor. Y por sobre todos sus pensamientos, pugna desde el corazón el frustrado encuentro con la madre. Durante años soñó con esta vuelta victoriosa al hogar y ahora, cuando acaba de estar sobre el filo de la esperanza cumplida, debe retornar con la espada envainada y el sentimiento recogido. ¡Triste destino del soldado y del hijo en sus amores cardinales: la Patria y la Madre!

ELÍAS CARPENA.

LA ESCUELA POÉTICA PLATENSE

Dos fenómenos igualmente trascendentales llevan a la capital que fundara Dardo Rocha a cumplir su destino de "Cuna de poetas": su base humanista y su estructura de ciudad-jardín. El nuevo conglomerado urbano nace con el deliberado designio de constituirse en ejemplo de la Argentina moderna. "Siéntese el habitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado —dice Sarmiento cuando la visita durante su construcción—, porque La Plata es el pensamiento argentino que viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se dé cuenta de ello". La Universidad provincial se funda en 1890 y se nacionaliza en 1905. Profesores de vastos conocimientos y con nueva visión educativa ocupan la cátedra, que se constituye así en guía de la juventud.

La ciudad se levanta sobre un riguroso trazado científico: calles rectas y paralelas; avenidas y diagonales y cada seis cuadras, indefectiblemente, una plaza. Sin contar el camino de cintura, cien metros de ancho, y el bosque, antiguo resto de la estancia Iraola. Los árboles constituyen su característica. Y los cielos y las nubes. Por eso se siente en sus arterias tanta nostalgia poética de verdadero campo.

A ese ambiente apacible llega Almafuerte. Es maestro y conoce las penurias de los pequeños pueblos provinciales. Digno sucesor de José Hernández, desde que ambos fustigan la injusticia que sufre el hombre argentino, no se consubstancia

con el ambiente porque es un tardío romántico y todo en él es desmesurado.

La ciudad progresa entre suntuosos palacios, pero le ocurre lo que a los niños de crecimiento prematuro: están enfermos de melancolía. Y para colmo de males sobreviene la crisis. Muchos la abandonan a su propia suerte. Los que quedan, vegetan en medio de tanta esperanza frustrada, de tanto deslucido esplendor.

Por esas épocas —1910 para ser más precisos— publica Rafael Alberto Arrieta *Alma y momento*. Es el primer intérprete del espíritu de la ciudad, ese espíritu triste, crepuscular, que nace tanto del paisaje como de las circunstancias que hemos anotado someramente. Sus motivos líricos —perfume, vuelo, nube, estrella, niños— surgen tras el velo de una melancolía dulce y resignada: (Un día más que pasa, y no ha llegado. /Mañana... Sí, tal vez... Ilusionado, /de par en par abierto, mi corazón espera. /Y cuando llegue, si es que ha de llegar, /acaso ya no sepa lo que era).

A partir de ese momento nace la escuela poética de La Plata, fenómeno raro en nuestro país y que, si bien no tiene significado nacional ni trasciende de lo meramente poético, no por ello deja de ser fiel reflejo de una cultura, y, como tal, inaugurador de promisorias perspectivas.

El propio Arrieta, profesor del Colegio Nacional, se constituye en maestro del núcleo, no sólo por la influencia de sus versos sino como divulgador, desde la cátedra, de la obra del poeta belga Rodenbach que, según él ha escrito, tuvo apasionados lectores.

Pero fijemos ya cuáles son las características de la mentada escuela, por boca de escritores de valimiento.

Al comentar *Las Tardes*, de López Merino, dijo Evar Méndez: "El paisaje y el ambiente de la ciudad donde ha vivido el autor caracteriza la obra de no pocos poetas platenses: Arrieta, Delheye, Ripa, la suya propia. Parece prestarse tal paisaje a acentuar la similitud de su labor con la de algunos líricos ingleses, la de ciertos franceses menores del simbolismo, y sobre todo con la del poeta belga Rodenbach. Y hasta se piensa si no existiría una identidad de vida (ya que desechamos por respeto a tales poetas la idea de una humillante imitación), que engendre un parecido concepto de las

cosas, entre las añejas ciudades de los canales, los carillones, las blancas comulgantes, que se evocan en "Le miroir du ciel natal", y la amodorrada y silenciosa ciudad universitaria, que, sin duda alguna, prestigia la frecuencia de una intensa vida interior. Lo cierto es que el espíritu de sus poetas más significativos encajan a maravilla la forma blanda, el tono, la modalidad, los temas y hasta las expresiones predilectas del lírico flamenco de "Bruges la morte", que todavía tiene entre nosotros admiradores fervientes". (Valoraciones, La Plata, noviembre, 1925).

Por su parte, Pedro Henríquez Ureña, siempre tan atento a la belleza, incluyó en su mapa de la poesía argentina (1926) a la Escuela de La Plata, con Arrieta, Delheye, Mendióroz, Ripa Alberdi y López Merino. Posteriormente (prólogo al libro de Mario Irle, "Plenitud de goce y lágrima", Bs. As., 1934) escribió: "Está ligado (Mario Irle) a la breve pero clara tradición poética de la ciudad de La Plata, donde se formó: de ella tiene los tonos melancólicos, el vago aire de nostalgia inexplicable (et ce parfum de soir et cette odeur d'automne / que s'exhalent de l'ombre avec la fin du jour...)"

A su vez, Francisco Luis Bernárdez, comenta: "Lo que sí conviene recordar es que quien de manera tan conmovedora cantó (López Merino) fué el último poeta de una línea iniciada en su ciudad natal con Pedro Mario Delheye, el fiel intérprete de *La vida interior*: (Oh quietud de la casa a cuya sombra / brotó la pena y se formó la herida, / en tí de nuevo el corazón anida, / reza en voz baja y sin querer la nombra...); con Alberto Mendióroz, cuya honda música se apagó tempranamente: (Qué paz en el fondo claro de las almas, / qué paz en la atmósfera clara de la pieza!), y con Héctor Ripa Alberdi, siempre abierto a la sugestión de la naturaleza: (Todo el silencio se quedó en la estrella / cuando la estrella se apagó temblando...), y con los demás líricos que formaron lo que después se dió en llamar escuela de La Plata, grupo literario cuyos rasgos distintivos fueron: la permanente curiosidad por lo más puro y sencillo del espectáculo humano y el invariable gusto por los modos más directos y económicos de transcripción poética". (Revista "Criterio", 11 de junio de 1953).

Quedan con tales transcripciones aclaradas las principales características de la escuela de La Plata. Sólo falta agregar que tanto Henríquez Ureña como Bernárdez se equivocaron,

puesto que esa constante literaria sigue vigente y cuenta con voceros tan calificados como los ya aludidos. Pero su estudio, así como el de la existencia de otra escuela poética en la capital de la Provincia, que podría llamarse humanista y que tiene por maestro a don Arturo Marasso, serían materia de otro artículo.

• ROBERTO SARAVÍ CISNEROS.

Emilio A. Bonnacarrere	Homenaje a Mitre	1
Juan Canter	Mitre en la Historia	3
Juan Canter	Mis recuerdos de Mitre	9
Narciso Márquez	Semblanza de Mitre	13
Leonidas de Vedia	Mitre	18
Fermín Estrella Gutiérrez ..	Mitre escritor	21
Arturo Marasso	Mitre	27
Georges Gusdorf	De la Prehistoria a la Historia	32
Angel J. Battistessa	Lirismo y presencia humana en los textos literarios y no literarios	43
Germán García ..	Las bibliotecas argentinas	64
Maurice Debesse	La edad del escolar	80
Carlos A. Disandro	El alma virgiliana	109
María Delia Elizalde	La educación en Estados Unidos	113
Jean Baruzi	Lenguaje místico	122
Segundo L. Moreno	La escuela normal argentina	140
Charles Dugas	El decorado de los vasos griegos	154
Zulma J. A. de Castellanos ..	Sobre la finalidad de la zoología	163
Arnold Reymond	La actividad de juzgar y el comporta- miento de los animales	166
Guy Palmade	Métodos pedagógicos fundados en la vida social del niño	172
Iris A. Ibáñez	El profesor de idiomas y su porqué ..	180
Ibis Edith Marinosci	La acuarela en el jardín de infantes ..	183
Ligia Spina	Niños superdotados	185
G. Beaudouin	Una interesante experiencia pedagó- gica	188
José E. Rodó	El niño y los libros	192
Pierre Loti	Mis últimas cazas	195
Heinz Woltereck	La más grande obra de arte de la na- turaleza	199
Bernardo de Balbuena	El verano	202
Julio Casares	El diccionario como símbolo	203
Arturo Marasso	Aristocracia tipográfica y lexicográ- fica	206
Juan B. Selva	Enseñanza de la ortografía en la es- cuela primaria	208
María E. A. de Dougherty ..	José Babini, Qué es la ciencia	214
Ana M. Billino Bethencourt .	Maurice Collis, Marco Polo	221
Nelva E. Zingoni	Charles David Ley, El gracioso en el teatro de la península	226
Lelia Laurencena	Gilbert Robin, Las dificultades esco- lares	229
Ernesto Krebs	Rodolfo Mondolfo, Sócrates	231
Luis Santaló	Enrique Loedel, Física relativista ...	239
Juan Gil Albert	Un mundo	245
J. Lasso de la Vega	El bibliotecario	252
Fernando H. Casullo	El folklore de los niños	256
Julia A. Vidal Sarmiento ...	Los insectos en la superstición de los pueblos primitivos	261
La Dirección	Escribir y ser	265
Nélida C. Marchi	Los cursos de vacaciones en el Uru- guay	267
Augusto Tapia	La construcción de una presa sumer- gida	268
Elías Carpena	El retorno sin gloria	271
Roberto Saraví Cisneros	La escuela poética platense	277

Interroguémonos sobre las relaciones entre el ser y la apariencia. En un sentido, ninguna idea puede ser opuesta a la idea de ser. Ya que la apariencia misma es, en un cierto sentido. Con todo, si se ha concebido el ser, es por oposición a ciertas cosas de las cuales se dice que no son (siguiendo la expresión de Parménides), que son menos (siguiendo la expresión de Platón) y que uno llama apariencias; así la primera parte del poema de Parménides trataba sobre el ser o la verdad y la segunda, sobre la apariencia o el no-ser. Como el espíritu humano no piensa sino por oposición, para pensar el ser es necesario oponerle a algo, que es el no-ser. El ser es, dice Parménides, y las apariencias no son, y concibe el ser como una totalidad absoluta sin movimiento y sin distinción. Por ello Platón, expresando su admiración por Parménides, ha pensado que era necesario destruir su teoría, mostrando que el no-ser existe de cierta manera, no el no-ser absoluto, sino un no-ser relativo. Es la gran enseñanza del Sofista; todo ser no es lo que es, sino porque no es otra cosa; la idea de no ser es la idea de alteridad; y sin esta idea de alteridad, habría una confusión universal, confundiéndose cada cosa con cualquiera otra.

JEAN WAHL, *Traité de Metaphysique*

(Traducción de Haydee C. Blotto)